



¡A la plaza!

(3)

Viaje al corazón de la bestia
que ocultan los Mercados



José Luis Estrada Liébana

¡A la plaza!

(3)

Viaje al corazón de la bestia que
ocultan los Mercados

José Luis Estrada Liébana

A John Ralston Saul, maestro del pensamiento contemporáneo, cuyas obras, en su gran mayoría, continúan inexplicablemente sin editarse en España. A Henry Mintzberg, a Nouriel Roubini y Stephen Mihm, a Alain Touraine, a Juanma Roca, a Antoine Vitkine y a Alessandro Baricco: sin la sabiduría, el rigor y la clarividencia de sus obras, este texto nunca hubiese sido escrito.

A Paco, por su apoyo.

A Esther, mi confidente y crítica de cabecera.

A Democracia Real Ya, alma del 15-M, de quien tantos esperamos tanto.

ÍNDICE

1. ¿Políticos o banqueros?
2. Una nueva religión
3. Naufragio sin botes salvavidas
4. Todos tenemos que comer
5. Escandalosamente ricos
6. Empresas enormes y quiebras descomunales
7. El caso Apple
8. Los falsos bancos
9. Quién se esconde detrás de los Mercados
10. La nueva Inquisición
11. MBAs, el corazón de la bestia
12. La máquina, en pleno funcionamiento
13. Los MBAs de la política
14. Gente peligrosa: el caso McNamara
15. Gestionando la política
16. Y Solón rompió todas las deudas
17. Hoy, Grecia se ahoga en su deuda
18. No, we can't
19. Té para todos
20. Ultraeuropa
21. Cumbre de cerebros
22. Interrogando al futuro
23. Qué hacer
24. Lo urgente
25. Lo necesario e importante

¿Políticos o banqueros?

¿Qué haría usted si hoy el presidente Zapatero decidiera suprimir las autonomías de Madrid, Valencia, La Rioja, Cantabria y parte de Castilla y León, alegando la situación crítica de la economía y los mercados, y fundara una nueva? ¿Y si, a continuación, recupera para presidir esta nueva comunidad a su ex ministro de Economía Pedro Solbes y éste decide, una vez en el puesto, asignarse un sueldo de 5 millones de euros, nombrar dos vicepresidentes a razón de 2,5 millones cada uno y hasta un total de 32 consejeros que se reparten otros 14 millones? ¿Qué haría usted si las primeras decisiones que toma este súper-presidente autonómico fueran cerrar un tercio de las instituciones y servicios que antes prestaban las autonomías, despedir a 3.000 funcionarios, suprimir el derecho de voto de sus conciudadanos y reservarles sólo la capacidad de decidir en asuntos culturales y de beneficencia? ¿Y si, además, ante la falta de dinero en caja, decidiera gestionar la nueva autonomía como una empresa privada, convirtiendo en accionistas a los contribuyentes y, para conseguirlo y ante la falta de crédito que sufre el país, pone a la venta la mayor parte del patrimonio público y, para asegurarse la venta, rebaja el precio al 40 por ciento de su valor?

Si ya está dispuesto a salir a la calle o a acudir al Juzgado de guardia preso de la indignación, no se precipite, porque debe saber que toda esta operación lleva el aval del Estado y de la Unión Europea, que incluso están dispuestos a

correr con los gastos si la operación fracasa; y que también está respaldada por las agencias de calificación internacionales, las mismas que nos tienen contra las cuerdas a varios países europeos y, por si eso fuera poco, también está respaldada por el líder de la oposición, los partidos minoritarios y los sindicatos.

Si trasladamos esta ficción al mundo real español, nos encontramos con que todo esto ya es historia y ha sucedido en nuestro país el pasado mes de junio de 2011. Para comprobarlo, sólo tiene que cambiar la palabra comunidad autónoma por caja de ahorros y el nombre de Pedro Solbes por el de Rodrigo Rato, el actual presidente de Bankia, el nuevo banco formado por la fusión de ocho cajas de ahorro que representaban a sus respectivos territorios: Caja Madrid, Caja Rioja, Bancaja Valencia, Caja Segovia, Caja Ávila, Caja Canarias y Caja Layetana. Estas ocho cajas, tomadas de una en una, deberían haber sido cerradas a causa de la actual crisis, de la que fueron en buena parte responsables. En cambio, el Estado les otorgó un crédito, a través del Frob, de 4.465 millones de euros, que ha servido para cerrar cientos de oficinas y despedir a miles de trabajadores en el plazo de dos años, tiempo en el que han subsistido gracias a la generosidad del Banco Europeo que, a través de sus operaciones, les ha prestado otros 6.000 millones de euros. En estos dos años, en sus respectivas autonomías, las cajas han embargado cientos de viviendas, cuyos propietarios no han podido devolver los

créditos que esas mismas entidades les concedieron; han secado totalmente el crédito a las empresas, lo que ha producido el cierre masivo, sobre todo en las más pequeñas y comercios, y han mandado a la calle a miles de trabajadores.

Por su parte, Rodrigo Rato, ex ministro de Economía con Aznar y ex presidente del Fondo Monetario Internacional, cobra 5 millones de euros, contando las opciones de acciones y otras gabelas con las que los directivos tratan de disimular su sueldo real, y sus vicepresidentes, José Luis Olivas y Francisco Verdú, dos millones y medio, respectivamente. También son rigurosamente ciertos los 14 millones que cobran los 32 consejeros nombrados por Rato, la salida a Bolsa por importe de dos millones tras haber depreciado el valor contable del Banco un 60% y el aplauso unánime de todas las fuerzas económicas, políticas y sociales. Lo único que está por ver es si toda esta operación de ingeniería financiera servirá para algo a los contribuyentes que, de momento, sólo saben que los sueldos de los directivos de las cajas se han multiplicado por diez; que los impositores y las instituciones políticas de cada provincia, dueñas hasta entonces de esas entidades semipúblicas que eran las cajas, han perdido su voto y su poder, quedando relegadas al control de la Obra Social; que sigue sin haber crédito para sus empresas y deben seguir pagando todos sus créditos, a riesgo de que les quiten la casa y les embarguen el sueldo... Eso, si no era usted empleado de esas cajas y se ha visto en el paro por la reestructuración de oficinas.

Una nueva religión

Ante la paradoja de que hechos como éste y con repercusiones públicas similares puedan ser considerados un delito de corrupción si se realizan dentro de la esfera política o una brillante operación financiera si se hacen dentro de la esfera privada y el mundo del dinero, cabe preguntarse en qué momento perdimos el Norte en esta sociedad occidental democrática y opulenta.

Se hace indispensable hacer un alto en nuestra desenfrenada carrera de certidumbres y encontrar espacio y tiempo para la reflexión y la duda. Y la primera duda que quiero exponer es que tal vez, cuando en Occidente creíamos haber superado una larga y accidentada historia de religiones e ideologías, para construir una sociedad democrática regida por la libertad individual, que garantiza los derechos y obligaciones como individuos, y por la razón, que nos protege de la superstición; una sociedad que consagra los derechos del hombre, empezando por la libertad y la igualdad, resulta que nos encontramos de nuevo inmersos en las garras de una nueva ideología que, además, se está ya convirtiendo casi en una nueva religión. Esta religión tiene un único dios, el dinero, y sus sacerdotes: los mercados que, como siempre, sostienen una única verdad, ante la que exigen resignación y acatamiento a sus súbditos por mucho sufrimiento que ello les suponga y, por supuesto, amenazan con las tinieblas al que no siga sus designios; su púlpito son los medios de comunicación, desde

los que hace meses nos amedrentan, antes con los activos tóxicos y ahora con la deuda griega y la de los países periféricos, entre los que nos encontramos.

Ha llegado el momento de dudar, de preguntarnos si los que predicán esta nueva religión están equivocados, como se equivocaron tantas veces a lo largo de la Historia; si no están actuando contra la mayoría de la sociedad y pensando únicamente en su beneficio. Debemos preguntarnos si estos mercados y sus apologetas son profundamente antidemocráticos y están socavando todos nuestros valores y anulando todos los mecanismos de control del poder financiero y de protección social con los que nos dotamos tras el crack del 29 y la Gran Depresión, la época a cuya semejanza remiten los estudios más rigurosos que se están haciendo sobre la actual crisis económica.

La duda que quiero plantearle a través de estas páginas no es nueva, lleva planteándose por librepensadores como Ralston Saul y Henry Mintzberg desde hace años y se basa, esencialmente, en que la gran mayoría de ciudadanos llevamos mucho tiempo actuando de manera inconsciente, deslumbrados por el brillo de los palacios de una minoría de financieros, empresarios, políticos y funcionarios sin responsabilidad social alguna. Paso a paso, desregulación tras desregulación, hemos ido cediendo ante ellos el poder democrático y, como era de esperar, hace tres años hicieron saltar por los aires la ficción económica que nos habían

vendido. Ahora, sin rubor alguno, nos culpan a esa mayoría del desastre provocado y están dispuestos a hacernos pagar por ello un precio muy caro.

Nafragio sin botes salvavidas

Acaban de cumplirse cuatro años del desencadenamiento de lo que, cínicamente, los financieros denominan "la tormenta perfecta", en la que salieron a flote todas las trampas que alimentaban lo que el antiguo presidente de la Reserva Federal Norteamericana, Allan Greenspan, denominó "exuberancia irracional de los mercados financieros" y que ya sabemos que en realidad eran manipulaciones, falsedades, estafas y delitos. La tormenta se desató con el rescate del banco de inversiones Bearn Stern, hundido al aflorar las hipotecas subprime hace cuatro años, y el naufragio llegó con la caída de otro banco de inversiones, Lehman Brothers, tras la negativa del Gobierno americano a rescatarlo, en septiembre de 2008. Fue ésta la mayor quiebra bancaria de toda la historia, por importe de 639.000 millones de dólares. La quiebra de Lehman Brothers ha pasado ya a la mitología de la nueva religión y se utiliza descaradamente como referencia apocalíptica de los males que pueden desencadenarse en todo el mundo si no se siguen los dictados del Mercado.

En la esencia filosófica de los mercados está, como analizaremos más adelante, la anulación de la perspectiva histórica y la toma continua de decisiones, para lo que utilizan magistralmente el lenguaje especializado, la retórica y la

propaganda. Así, desde el mismo momento de la crisis, los mercados no han dejado de plantear soluciones que siempre son urgentes, se hacen sin el menor atisbo de autocritica y se exigen a los gobiernos de todo el mundo a riesgo de caer en las tinieblas. A pesar de las declaraciones grandilocuentes de Obama en Estados Unidos y de los líderes occidentales (que configuran lo que parecía un gobierno supranacional, transformando el antiguo G-7 de los más poderosos, en el G-20), comprometiéndose a una reforma financiera profunda y hasta en una reinención del capitalismo, lo cierto es que, en estos tres años, los gobiernos democráticos occidentales se han postrado, una y otra vez, ante los mercados. El resultado es que todo lo que era susceptible de empeorar, ha empeorado: el paro, la pobreza, el cierre de empresas, la falta de crédito, los servicios sociales, la recaudación de impuestos, la deuda pública, la libertad, la igualdad... en suma, la democracia.

La ciudadanía, por su parte, asiste perpleja al desmoronamiento de esa utopía del crédito fácil, consumo masivo y trabajo seguro, que los mercados llevaban casi dos décadas vendiendo sin exigir garantía alguna de futuro. Si dejamos al margen las rebeliones del Norte de África, los movimientos de protesta europeos, como el 15-M, y la rebelión contra la deuda de Islandia, lo cierto es que los contribuyentes americanos y europeos se han limitado a cambiar gobiernos, votando masivamente a los partidos opositores de turno que, uno a uno, han ido plegándose a su vez a los dictados del Mercado.

A todos los gobiernos, viejos y nuevos, el Mercado les exigió, primero, el rescate de todos los bancos en crisis, algo que todos cumplieron a rajatabla, gastándose cientos de miles de millones de dólares y euros del erario público. Después exigieron –y consiguieron- el rescate de las principales empresas automovilísticas en Estados Unidos y Europa (verdadero símbolo de crecimiento sin límites, asimilado a la libertad). Conviene recordar que los presidentes de esas empresas automovilísticas amenazadas por quiebras multimillonarias dejaron constancia de su catadura moral asistiendo en sus jets privados a la primera reunión de salvamento convocada por Obama y, ante el escándalo montado, acudieron a una segunda a bordo de automóviles ecológicos de baja gama de sus respectivas marcas.

Poco tiempo después, el Mercado exigió crédito ilimitado a todos los bancos centrales de cada país, para sostener los balances de los bancos que se habían cargado el mercado interbancario, uno de los ejes esenciales del funcionamiento del sistema, por el simple hecho de que nadie se fiaba de nadie. Después, impidieron que se regulase el mercado internacional de divisas, en el que se especula cada día con una cifra que se calcula en dos billones de dólares. También consiguieron en muchos países que los gobiernos iniciaran planes de apoyo al sector inmobiliario, a pesar de ser conscientes de que este sector estaba en el centro de la debacle, pero tampoco se ruborizaron cuando, poco tiempo

después, exigieron que se dejara caer a ese sector inmobiliario por haber decidido considerarlo improductivo. También consiguieron paralizar cualquier intento de incrementar la carga impositiva de los más ricos; rescatar los impuestos sobre el patrimonio que, en casos como España, habían sido suprimidos sólo tres años antes y, en cambio, consiguieron mantener y, en algunos casos, rebajar los impuestos de sociedades de grandes empresas, para evitar su deslocalización.

A los mercados les ha importado muy poco incurrir en contradicciones flagrantes en materia de macroeconomía; eso sí, sus contradictorios dictados se justifican como dogmas de fe y, si se hace necesario, se avalan por figuras de prestigio económico y académico. Hemos asistido en estos cuatro años al encumbramiento del endeudamiento como motor de la economía, para luego ser completamente demonizado y, por su causa, se ha puesto en peligro a países como Grecia, Portugal, Italia, Irlanda, España y hasta el propio Estados Unidos que, sólo en el último minuto, consiguió salvarse de la suspensión de pagos, al aumentar su techo de gasto. Las subidas o bajadas de los tipos de interés por parte de los bancos centrales se han usado casi a capricho, lo mismo que la devaluación o reevaluación de monedas. En lo único en lo que se han mantenido siempre coherentes es en reformar los mercados laborales en base a abaratar los despidos, recortar los salarios, elevar los impuestos indirectos y tasas de servicios, recortar prestaciones sociales y mantener o elevar el sueldo de los directivos.

Todos tenemos que comer

Cualquier ciudadano que no esté incluido en la élite (que no sólo consigue mantenerse a flote sobre la crisis, sino beneficiarse de ella), se pregunta cómo es posible que todos los líderes e instituciones a los que hasta ahora habíamos confiado la dirección de nuestra sociedad, estén clamando contra esos mercados como si formaran parte de los manifestantes que han salido a las plazas a protestar. Cualquiera puede encontrar en los medios de comunicación declaraciones contra los mercados de presidentes, primeros ministros, grandes empresarios, sindicatos y hasta presidentes de bancos. ¿Acaso hemos caído todos sin darnos cuenta en manos de un gobierno supranacional que rige nuestros destinos desde la sombra con una mano invisible?

Quiero decirles de antemano que rechazo cualquier teoría conspiratoria internacional, porque una conspiración requeriría que, tras ella, hubiera líderes con estrategias de largo alcance. Sin embargo, creo que, tras esa "mano invisible" –y así lo iremos descubriendo a lo largo de estas páginas- lo que hay son grandes estructuras administradas por subalternos mediocres, por gerentes y directivos disfrazados de capitalistas y arropados por un falso manto de eficiencia.

Antes de adentrarnos en el corazón de la bestia, es necesario que asumamos nuestra parte alícuota de culpa, que venzamos el miedo al ridículo que implica salirse del tiesto, que venzamos el conformismo, que superemos la moda neoconservadora; que admitamos que nos hemos dejado atrapar en el sistema, no sólo por ambición, sino por necesidad, porque todos tenemos que comer. Todos hemos hecho dejación de nuestra responsabilidad social desde nuestro ámbito profesional, laboral e, incluso, familiar, porque la nueva religión del Mercado nace, como todas, de nuestros miedos, a los que contrapone, como siempre, el paraíso, ésta vez un paraíso terrenal que nos subyuga sumiéndonos en la pasividad, dado que incluye el eterno dilema de "o lo aceptas o pereces".

Debemos recordar, no obstante, que no es la primera ni la última vez en la Historia que una sociedad se encamina hacia su propia destrucción y que la culpa nunca ha sido de los campesinos que producían alimentos, de los obreros que sostenían las fábricas, de los soldados que morían en las guerras ni de los ciudadanos que reivindicaban sus derechos. Son las élites las que han hecho florecer las civilizaciones y las únicas capaces de destruirlas cuando caen en la autocomplacencia.

Escandalosamente ricos

¿Qué respuestas podemos encontrar hoy si, atónitos, acudimos a consultar a los oráculos de estas élites, como hacían en la antigua Grecia? Fijémonos, por ejemplo, en los hombres y mujeres más ricos del mundo. Para ello hay que acudir a la lista más famosa, la denominada Lista Forbes, que se publica cada año y en la que figura sólo la riqueza confesable. En la lista no están los que, seguramente, deberían encabezarla, como Gadafi, cuya fortuna se estima en unos 100.000 millones de dólares, o los traficantes de drogas, de armas o de blancas, ni tampoco aquéllos profesionales de lo más respetables que acumulan fortunas en paraísos fiscales para evadir impuestos en sus respectivos países.

LISTA FORBES DE LOS MÁS RICOS DEL MUNDO

1. Carlos Slim (Méjico)	53.210 millones €
2. Bill Gates (Estados Unidos)	40.260 millones €
3. Warren Buffett (Estados Unidos)...	35.950 millones €
4. Bernard Arnault (Francia)	29.600 millones €
7. Amancio Ortega (España)	22.290 millones €
Isaac Andic (España)	4.380 millones €
Rosalía Mera (España)	3.020 millones €
Manuel Jove (Eapaña).....	2.150 millones €
Juan Roig (España)	2.060 millones €
Alicia Koplovich (España)	1.650 millones €
Florentino Pérez (España)	1.360 millones €
Emilio Botín (España)	1.070 millones €

Para entrar en esta lista hay que tener un mínimo de mil millones de euros. En 2011 hay 1.210 personas, 199 más que el año anterior, de modo que ha aumentado casi un 20% en el último año de crisis.

A partir de ahora, debemos hacer un esfuerzo de abstracción para penetrar en los Mercados, ya que manejaremos cifras que "no caben en la cabeza", pero ya están instaladas en nuestras vidas y se recurre a ellas incluso para justificar el aumento del precio del pan. Por ello, le propongo una lista de precios y sueldos de referencia, a la que es muy sano regresar cada vez que nos enfrascamos en cifras de macroeconomía.

EL COSTE DE LA VIDA

- Un café: 1,20 €
- Salario mínimo interprofesional (España) 641 €
- Pensión media en España: 916,16 €
- Un coche utilitario: 10.000 €
- Sueldo catedrático de Universidad: 50.000 €/año
- Un todo terreno: 60.000 €
- Sueldo del presidente del Gobierno: 89.000 €/año
- Coste medio de un piso en España: 260.000 €
- Sueldo del presidente de Estados Unidos: 300.000 €
- Sueldo del presidente del BBVA: 5.000.000 €
- Deuda pública de Grecia: 328.000 millones €
- Deuda pública de España: 638.000 millones €
- Deuda pública de Europa: 7.8 billones €
- Deuda de Estados Unidos: 14,9 billones \$

A continuación, quiero transcribir algunas de las declaraciones públicas realizadas por estas personas que ocupan los primeros puestos confesables de la riqueza en el mundo durante los últimos años; declaraciones rastreadas a través de Google con el objetivo de conocer su opinión sobre la actual crisis y las soluciones que aportan. He de advertir que, en un mundo regido por el dinero, se supone que los más ricos deberían ser los más sabios, y probablemente lo sean, pero la mayoría no parece dispuesta a compartir sus secretos con el resto de los mortales. La discreción pública sobre sus fortunas y la forma en que las han conseguido es la norma habitual.

Carlos Slim es, probablemente, una excepción, junto con Warren Buffet y algún español, como Juan Roig.

Carlos Slim. *Posee empresas en casi todos los sectores y su imperio se vio reforzado a partir de 1982, coincidiendo con la grave crisis de la deuda que padeció México a raíz de las privatizaciones que siguieron a la misma.* Sobre la crisis, Slim dice que "no es económica ni financiera, sino una crisis de paradigmas, una gran crisis de civilización de los grandes países desarrollados, que se manifestó en las instituciones financieras y en sus gobiernos, en sus déficit fiscales que vuelven insostenibles los beneficios que habían dado". Sobre la economía, afirma: "No es una ciencia. El mayor problema es que algunos tecnócratas no saben lo que hacen. Los ingenieros cursamos ciencias exactas y experimentales. Por eso sabemos cuándo no

sabemos y eso es muy importante para una conducción adecuada".

Sobre las soluciones, Slim propone jubilación a los 75 años, cambiar toda la educación y bajar el coste de la Sanidad.

Warren Buffet. *Es el gestor de fondos de inversión más famoso del mundo. Se le conoce como el "oráculo de Omaha". Sigue haciendo crecer su fortuna y la de los que le confían su dinero, a pesar de la crisis. Es accionista de Moody's, una de las tres agencias de calificación de países y empresas que dominan el mundo de los mercados.*

Sobre las hipotecas subprime, los derivados y demás artificios financieros, dijo: "Primero vienen los innovadores, luego los imitadores y, finalmente, los idiotas, cuya avaricia acaba con las innovaciones". Sobre el futuro, afirma: "La guerra de clases existe, es un hecho, pero la mía, la de los ricos, que lleva a cabo esta guerra, la está ganando". Sobre la economía aconseja que se "recuerde siempre que el mercado de valores es maniaco depresivo" y sobre el futuro afirma que "los millonarios deben pagar más". Él se inclina por obras benéficas, la justificación de los ricos para mantener el dogma del Mercado de guerra sin cuartel contra los impuestos (recientemente ingresó en la fundación de Bill Gates 30.000 millones de dólares).

Bill Gates. *Fundador de Microsoft y ahora filántropo, destinó a su fundación, antes de retirarse, 28.000 millones de dólares.*

Declaró en 2009 que la crisis durará, al menos, cuatro años, luego puede acabar en 2013; también que lo que

determinará su duración será la inversión en ciencia y tecnología, por lo que, actualmente, apuesta por construir el mayor reactor de energía nuclear del mundo para producir energía barata y limpia, así como conseguir biocombustibles a partir de algas.

Amancio Ortega. *El primer multimillonario español. Fundador y dueño del imperio de moda Inditex, con la marca Zara como emblemática.*

Su discreción pública es ya legendaria y de sus escasísimas declaraciones quiero destacar un consejo dado recientemente para afrontar la crisis: "Con miedo no se funciona, hay que arriesgarse".

Su ex mujer, **Rosalía de Mera**, *propietaria de parte del imperio de Ortega tras su divorcio y de otros muchos negocios*, afirma sobre la actual crisis: "No creo en la financiación a través del capital riesgo y menos ahora que los bancos quieren garantías de todo tipo".

Joan Roig. *Presidente y fundador de Mercadona.* Sobre el funcionamiento de las empresas dice: "En los consejos de administración sólo deben estar quienes arriesgan su dinero. Estoy en contra de los consejeros independientes. Los consejos, con dinero, como decía mi padre". Sobre el futuro: "Las empresas privadas han tomado medidas ante la crisis, pero las públicas no. Hay que dejar de hacer puentes y

empezar a trabajar los sábados, además de suprimir todas las fiestas locales".

A través de la Lista Forbes accedemos a datos de los empresarios más ricos del mundo, escandalosamente ricos; tanto que, sumando las riquezas sólo de los cien primeros, se acabaría con toda la deuda de todos los países occidentales, excepto Estados Unidos, que ya es harina de otro costal, puesto que se mide en billones de dólares, concretamente 14,9 billones. No obstante, me interesa resaltar de esta lista que refleja una parte importante del mundo de los mercados que pretendemos desentrañar y que es, justamente, la parte más presentable y tolerable, lo cual es, probablemente, el motivo por el que recibe permanentemente mucha publicidad y exhaustivo tratamiento informativo por parte de los medios de comunicación.

Se trata, en su mayoría, de empresarios hechos a si mismos, que fundaron sus propias empresas, que continúan al frente de ellas, arriesgando su dinero en crecer; que destacan la virtud del ahorro frente al despilfarro y que ensalzan el esfuerzo y la filantropía.

Resulta difícil identificar este grupo de los más ricos con "la mano invisible del mercado". Al contrario, su fuerza radica, precisamente, en su visibilidad al frente de sus empresas. De ahí que sea en este grupo donde podemos encontrar los diagnósticos más sinceros sobre la crisis.

Actúan como viejos capitalistas en la nueva economía, al contrario que los gerentes capitalistas que veremos más adelante, que se comportan como nuevos capitalistas explotando la vieja economía. Es a estos gerentes a los que apuntan sus críticas cuando hablan de los tecnócratas que no saben lo que hacen o de los idiotas cuya avaricia acaba con las innovaciones o de los consejeros independientes que no arriesgan su dinero. No obstante, es difícil pensar en ellos como líderes sociales ante una crisis como la actual, ya que su propia condición visionaria al frente de sus empresas les aísla de la condición pública y la contemplan en un estilo muy propio y paternalista, como una obra benéfica. En cualquier caso, sí parece claro que éstos serán elementos valiosos y necesarios para resolver la crisis de civilización que alguno de ellos denuncia acertadamente.

Empresas enormes y quiebras descomunales

Si revisamos la Lista Forbes, pero no de empresarios sino de empresas, las mayores en 2011 son las siguientes:

1.	JP Morgan (Banco, Estados Unidos):	182.200 millones \$
2.	HSBC (Banco, Gran Bretaña):	186.400 millones \$
3.	General Electric (Energía, USA):	216.100 millones \$
4.	Exxon Mobile (Petróleo, USA):	407.200 millones \$
5.	Royal Duth Shell (Petróleo, Holanda):	212.900 millones \$
6.	Petrochina (Petróleo, China):	320.800 millones \$
7.	ICBC (Banco, China):	289.400 millones \$
8.	BerkshireHataway (Fondo de inversión Buffett, USA):	210.900 millones \$
9.	Petrobras (Petróleo, Brasil):	238.700 millones \$
10.	Citigroup (Banco, Estados Unidos):	132.700 millones \$
13.	Banco Santander (Banco, España):	94.700 millones \$
31.	Telefónica (Telefonía, España):	113.300 millones \$
66.	BBVA (Banco, España):	52.300 millones \$

La lista se elabora en función de las ventas, los beneficios, los activos y el valor de mercado, que es el que he especificado.

En el listado hay 2.000 firmas. Su valor total es de 32 billones de dólares, los beneficios de todas ascendieron en

2010 a 2,4 billones y, actualmente, emplean a 80 millones de trabajadores en todo el mundo.

Lo primero que llama la atención en la lista de las mayores empresas del mundo, de las que cabría esperar un papel protagonista frente a la crisis, es que pertenecen, casi en su totalidad, al sector financiero o bien a sectores de servicios públicos o muy consolidados históricamente, como son la energía, las telecomunicaciones, el automóvil y otras del sector primario. Otra conclusión es que se trata de empresas de larga trayectoria, fundadas por emprendedores hace décadas y que han crecido en base a fusiones y adquisiciones.

Por otra parte, sus presidentes y principales directivos casi nunca son sus mayores accionistas; a modo de ejemplo, en España, toda la cúpula directiva del BBVA sólo es propietaria del 0,07% del banco. Estos dirigentes tienen, además, una larga trayectoria en otras empresas, es decir, son profesionales de la dirección o gerencia.

Muchas de estas empresas pertenecen a la vieja economía, aunque se disfracen de innovación y tecnología, como el petróleo, la automoción o la electricidad, y sus orígenes están vinculados a las privatizaciones de servicios y monopolios públicos. Este hecho explica que muchos de sus presidentes tengan vinculaciones políticas y que deban sus cargos, precisamente, a éstas. La conexión con el mundo de la política queda patente, sobre todo, en los fichajes de ex

políticos para los consejos de Administración; ejemplos relevantes son las vinculaciones de Felipe González con Carlos Slim y Gas Natural, y de José María Aznar con Rupert Murdoch y Endesa.

Todas son sociedades anónimas que cotizan en Bolsa, por lo que están sujetas a los vaivenes del mercado y ello les introduce de lleno en la cultura de maximización del beneficio a corto plazo para el accionista.

Las declaraciones de sus líderes coinciden, fundamentalmente, en reducir al máximo el control público en sus negocios, incluyendo siempre, por supuesto, la presión por la rebaja fiscal y todas las desregulaciones que facilitan la globalización y liberalización del comercio y las transacciones financieras. Sin embargo, es muy difícil encontrar posturas relativas a la economía sostenible a nivel mundial o a la responsabilidad social por las consecuencias ecológicas, laborales y sociales que provoca su ansia de expansión global. La palabra democracia prácticamente no existe en su vocabulario, a no ser como una consecuencia de la propia economía.

¿Constituyen estas empresas, por su tamaño, su estructura multinacional, su dirección corporativa y sus objetivos regidos por la obtención del máximo beneficio y la asunción de la mínima responsabilidad social, el corazón de los mercados? Yo diría que, sobre todo los bancos y las multinacionales de la energía, no son el corazón pero sí constituyen algunos de sus órganos vitales.

¿Representa este tipo de empresas la base sobre la que podría montarse la futura economía que surja de la crisis para llevar a cabo el cambio que algunos, como Slim o Buffet, piden?

La mayor parte de estas empresas está ya infectada por el virus del corporativismo, implantado en su cultura directiva, que no sólo no las hace eficientes, sino que la historia reciente demuestra que estructuras corporativas similares han cosechado los fracasos más escandalosos, cuyas consecuencias para la economía global han sido funestas.

Existe también una lista de las quiebras más importantes de la historia. Es la siguiente:

- | | |
|---------------------------------------|---------------------|
| 1. Lehman Brothers (2008): | 639.000 millones \$ |
| 2. El banco Washington Mutual (2008): | 327.000 millones \$ |
| 3. WorldCom (2002): | 103.000 millones \$ |
| 4. Enron (2001): | 63.000 millones \$ |
| 5. Conseco (2002): | 61.000 millones \$ |
| 6. Texaco (1987): | 36.000 millones \$ |
| 7. Financial Corp. Of America (1988): | 34.000 millones \$ |

Hay cientos de ellas que siguen en esta lista y, como puede verse en estas siete primeras, cuatro pertenecen al sector financiero, dos al petrolero y una a las nuevas tecnologías de la información.

Con ser escalofriante la lista de empresas quebradas y el volumen de dinero tirado a la basura, mucho más preocupante es conocer el número de empresas que, a raíz de la presente crisis, estuvieron al borde de la quiebra y tuvieron que ser rescatadas por los distintos gobiernos con fondos públicos. Sólo Estados Unidos se ha gastado en sanear sus bancos y empresas automovilísticas y de seguros, desde 2007, nada menos que 850.000 millones de dólares y una cifra parecida se ha gastado en Europa.

Entre las empresas rescatadas de la quiebra en Estados Unidos y Europa figuran algunas tan emblemáticas como éstas:

- City Banck
- Bank of America
- Commertz Bank
- Dresdner Bank
- Washovia
- ING
- General Motors
- Chrysler
- Royal Bank of Scotland
- Banco HBOS

Todas estas empresas fueron en su día ensalzadas como triunfadoras modélicas y sus directivos eran encumbrados como héroes por la prensa especializada, siempre hambrienta de nuevos héroes.

La caída de estas empresas, sobre todo las más importantes, se produjo en el momento en el que estallaron diversas burbujas, como la financiera en 2007, las “puntocom” en 2000 o la del petróleo en 1987, lo que pone de manifiesto que se encontraban en la cúspide del modelo corporativo de gestión y de dirección.

En todos los casos, estas quiebras han sido después modelo de estudio por los economistas para analizar hasta qué grado de perversión puede llegar un sistema como el actual, concluyendo que todas forzaron al máximo el incumplimiento de las normas de regulación, que todas falsearon sus cuentas y realizaron prácticas que o rayaban o incurrían directamente en prácticas delictivas. Algunos de sus dirigentes pasaron algún mal trago en los tribunales de Justicia, pero ninguno de sus nombres figura entre los famosos delincuentes encarcelados.

No quiero abrumar aquí con las cifras de los sueldos que cobraban los directivos de estas empresas quebradas, medibles en millones de dólares, pero sí me parece importante destacar que todos gozaban de un poder ilimitado dentro de sus compañías y fueron causantes directos de la ruina de sus accionistas. Son, precisamente, estos accionistas, los que les

otorgaron ese poder, centralizando toda la cadena de mando y eliminando otros centros de poder y control, hasta un punto en que no se había producido en la historia de los negocios. Estos presidentes y directores generales, bajo el imperio de la ley de conseguir el máximo valor para el accionista, han pretendido convertirse en empresarios, heroicos visionarios, para acabar demostrando que sólo eran bucaneros de la economía que han jugado con el dinero de los demás y con el empleo de los trabajadores, puesto que su poder omnímodo para despedir es la esencia del puesto de director general o presidente, y se han cargado empresas, en muchos casos centenarias, en muy pocos años de gestión.

Si nos fijamos en el sector más tocado, como es el de los bancos, y teniendo en cuenta que existen varios miles en el mundo occidental, ¿por qué no se ha fundado ni un solo banco en Estados Unidos ni en Europa en las dos últimas décadas? La respuesta parece evidente: estos falsos héroes salidos de las escuelas de negocios y con MBAs bajo el brazo, son incapaces de crear nada; a lo máximo que han llegado es a poner en marcha muchos de los chiringuitos financieros que están detrás de la actual crisis.

El Caso Apple

Para entender la drástica diferenciación entre grandes empresas multinacionales a la hora de salvarlas o condenarlas de cara al cambio de modelo que, necesariamente, ha de surgir algún día de esta crisis, estoy convencido de que la clave está en sus cúpulas directivas y en el tipo de liderazgo que ejercen en sus estructuras empresariales. Quizás pueda comprenderse esto mucho mejor si analizamos una gran empresa líder en su sector, como Apple, y su trayectoria desde su fundación.

Según el relato de Mintzberg, a mitad de la década de los 70, Steven Jobs, junto con Steve Wozmak, dos visionarios y empresarios exploradores, crearon en un garaje su Apple, el primer ordenador personal. El éxito fue inmediato, pero, paralelamente, una gran empresa corporativa como IBM crea el PC, que pronto supera a Apple en ventas.

Apple disponía de productos innovadores, pero la empresa necesitaba disciplina, explotar con más efectividad sus innovaciones, más marketing y mejor distribución. Así es que Jobs decidió, en 1983, contratar como presidente a John Sculley, un profesional del marketing y MBA por la Universidad de Warton, que provenía de Coca Cola. Pronto Jobs vio que, aunque vendían más y mejoraban los costes y la producción, su nuevo presidente no acababa de comprender

las posibilidades tecnológicas de los productos Apple. Cuando Jobs intentó despedir a Sculley, éste ya se había hecho fuerte en la Junta Directiva y el que fue despedido fue el propio Jobs. Lo primero que hizo Sculley fue reorganizar la empresa, despidiendo al 20% del personal. Sculley, que declaraba en la prensa que nunca leía memorandos de más de una página, explotó los inventos de Jobs y, en 1989, la prensa ya describía a Apple como víctima de una burocracia inflada y una tecnología debilitada. En 1990, Apple entró en pérdidas por primera vez. Sculley nombró un nuevo director general, pero no logró sacar a la empresa a flote y, en 1993, los accionistas lograban el regreso de Jobs quien, en poco tiempo, desarrolló el IMac y llevó a la empresa de nuevo al éxito. Una larga enfermedad volvió a alejar a Jobs de Apple y volvió a regresar ya en el nuevo siglo con el Iphon y, posteriormente, con el Ipad. Regresó el empresario heroico, visionario, emprendedor y explorador, triunfando sobre el explotador y gestor de productos. En agosto de 2011 consiguió situarse como la empresa más capitalizada del mundo.

Los falsos bancos

Llegados a este punto de nuestro viaje por el interior del mundo de la economía en busca del corazón de la bestia, vamos a pasar del mundo de las grandes corporaciones, que constituyen los órganos vitales, al torrente sanguíneo que los alimenta y que son los demonizados mercados. Siguiendo este torrente, llegaremos directamente al corazón.

En la composición de esta sangre se encuentran los bancos que, sin embargo, forman parte de los órganos vitales y el motivo, como siempre, hay que buscarlo en la historia. La clave está en que los bancos tradicionales decidieron, en un momento determinado, que su funcionamiento era aburrido, ya que consistía en captar fondos y después prestarlos para inversiones cobrando un interés; esto, sobre todo a partir del crack del 29 y la Gran Depresión de los años 30, lo hacían sujetos a fuertes normas de transparencia y control público. Para escapar a estas normas y, además, competir con un mercado naciente de chiringuitos financieros, nacieron los bancos de inversión, dependientes de los propios bancos tradicionales, pero con capacidad de funcionar en la cara oculta de la economía.

Siguiendo el relato de Nouriel Roubini en su libro "Cómo salimos de ésta", nos situamos en 1933, fecha en la

que el crack del 29 ya se había cobrado la quiebra de 9.000 bancos en Estados Unidos. En esa fecha se decide atacar una de las raíces del problema que desencadenó el crack y se aprueba una ley, considerada mítica en la historia de la economía, conocida como la Glass-Steagall, que creó un cortafuego entre la banca comercial (la que recibe depósitos y concede créditos) y la de inversiones (que suscribía, compraba y vendía acciones).

En 1944, a punto de acabar la Segunda Guerra Mundial, los países aliados, reunidos en Breton Woods (Estados Unidos) acuerdan crear un nuevo orden económico mundial, basado en ligar el dólar al patrón oro. Se constituyó el Fondo Monetario Internacional. También se creó el Fondo de Garantía de Depósitos de los bancos para evitar quiebras, se estableció una estricta regulación pública del sistema financiero y se consagró la separación de la banca comercial y de inversión.

En 1971, con el déficit originado por la guerra de Vietnam y la posterior crisis del petróleo de 1973, saltan por los aires los acuerdos de Breton Woods que habían dado estabilidad al mundo occidental durante treinta años, pero la separación de la banca comercial y la de inversión sobrevivió incluso a este cataclismo y lo hizo hasta hace muy poco tiempo, hasta 1999. El motivo de su muerte: la presión que ejercieron dos gigantes bancarios, Travelers y Citycorps. Estos bancos querían fusionarse, agrupando banca comercial, de inversión y, además, seguros. El Congreso de Estados Unidos cedió a la presión y se cargó la Ley Glass-Steagall, cambiándola

por la Ley de Modernización de Servicios Financieros. Las aseguradoras y bancos se fusionaron en avalancha.

Un economista reconvertido en senador, el republicano Phil Gramm, siguió en la cruzada y logró unir esta ley al Proyecto de Ley Presupuestario, lo cual evitaba que se debatiera en el Congreso y en el Senado. Con esta artimaña dejaba "de facto" enormes franjas del mercado de derivados fuera de los límites de la regulación, liberando así las conocidas "armas de destrucción masiva" CDS (seguros contra impago de créditos), cuyo papel demoledor en la actual crisis ya está fuera de toda duda.

Los bancos no dejaron títere con cabeza ni se cortaron un pelo a la hora de romper las ligaduras de las regulaciones. En 2004 los cinco mayores bancos de inversión se unieron para forzar a la SEC (Comisión del Mercado de Valores) para que liberase los miles de millones de dólares del porcentaje de los depósitos de los clientes que los bancos debían guardar para afrontar pérdidas. La SEC cedió a las presiones, pero un miembro de esta comisión declaró: "Si algo sale mal, va a ser un terrible desastre". Sabía lo que estaba pasando y no se equivocó: el desastre ha sido total.

Quién se esconde detrás de los Mercados

Identificaremos ahora a estos mercados cuyo dinero procede de las fuentes más insospechadas y –lo que los hace más invulnerables- de millones de ciudadanos: los que poseen un fondo de pensiones, un fondo de inversión, una cuenta corriente, una tarjeta de crédito o, simplemente, pagan impuestos. Su aparente inmunidad radica en el volumen de dinero que gestionan, concentrado en muy pocas empresas, y en la rapidez con que pueden mover ese dinero de un lado a otro del mundo, en segundos, gracias a las tecnologías de la comunicación y la libre circulación de capitales instaurada por la globalización.

Los Mercados se agrupan en distintas categorías:

- Gestoras de fondos de inversión. En 2010 disponían de 18 billones de dólares.
- Fondos soberanos de países. En 2008 disponían de 3,8 billones de dólares.
- Gestores de fondos de pensiones. En 2010 disponían de 13,7 billones de dólares; sólo en España, de 85.000 millones.
- Además, hay que contar con otros actores menores, como fondos de seguros, fondos a nivel local e inversores minoristas
- Por último, los propios bancos centrales de cada país que, en innumerables ocasiones, han

intervenido en los mercados en defensa de sus divisas. De hecho, es el mercado de divisas, precisamente, uno de los más enigmáticos, oscuros y peligrosos; el conocido como Forex se estima que puede llegar a mover al día 3 billones de dólares. En el momento álgido de la crisis, en 2009, surgieron voces de los gobiernos europeos y americanos y de casi todos los agentes sociales, abogando por la regulación de este mercado, si no directamente por su desaparición. A día de hoy sigue funcionando exactamente igual que al inicio de la crisis.

Como en los anteriores casos, existen listas, y es que las propias clasificaciones forman parte de la esencia filosófica del corporativismo. Los grandes medios de comunicación, sobre todo los especializados en economía, son, generalmente, los encargados de elaborar estas listas, constituyendo auténticas biblias para los iniciados del mercado. Es importante ver algunos de estos nombres porque es importante que comiencen a sonar a los ciudadanos, ya que cualquier día pueden cruzarse en su camino y arruinarles la vida.

En la lista de gestores de fondos de inversión encontramos a los siguientes:

• Alianz (Suiza)	1 billón \$
• Fidelity (USA)	1 billón \$
• J.P.Morgan (USA)	580.000 millones \$
• Black Rock Linch (USA)	580.000 millones \$
• Franklin Templeton (USA)	345.000 millones \$
• American Express (USA)	380.000 millones \$
• Goldman Sachs (USA)	498.000 millones \$
• Société Générale (Francia)	327.000 millones \$
• CréditSuisse (Suiza)	369.000 millones \$
• BNPParibas (Francia)	327.000 millones \$

A pesar de que algunos de los nombres de sus gestores han saltado a la luz pública, como Warren Buffet, George Soros, John Paulson o Bob Doll, la mayoría se mueve en el mundo de los iniciados, aunque todos figuran en la Lista Forbes de los 1.200 más ricos del mundo. Llama la atención del tipo de personalidad que tienen estos personajes el hecho de que trabajan utilizando sin piedad hasta los más recónditos resortes legales y alegales de que dispone el mercado para forrarse, sin importarles las responsabilidades sociales. Pueden, por ejemplo, llegar a hundir la libra esterlina, como hizo Soros, y después escribir libros dando lecciones de economía y de gobernanza del mundo, o pregonar a los cuatro vientos sus multimillonarias donaciones a fundaciones benéficas, como Warren Buffet. Son los cínicos de toda la vida, con cuya prepotencia parece que estamos condenados a convivir.

En la lista de Fondos soberanos de países nos encontramos, sobre todo, países productores de petróleo, como el Fondo Abu Dhabi de los Emiratos Árabes (el más famoso, con 875.000 millones de dólares), Noruega, Libia, Arabia Saudí, Rusia; paraísos fiscales, como Suiza y Singapur, y otros países como Australia, Irlanda, China o Corea del Sur.

Todos estos jugadores intervienen en todos los mercados existentes -como los de divisas, las bolsas, los mercados de deuda y los de materias primas- y operan comprando y vendiendo acciones, derechos sobre acciones, seguros y reaseguros de acciones. Apuestan al alza, a la baja y en cualquiera de las miles de estructuras de ingeniería financiera, diseñadas para mover el dinero y generar inflación, porque eso es lo que todos hacen en el fondo. Es la inflación la que llena los bolsillos de esta élite minoritaria sin que les importe lo más mínimo que caiga sobre las espaldas de todos los trabajadores, empresarios y gobiernos de todo el mundo.

El argumento de los defensores es, como siempre, la defensa a ultranza del libre mercado, capaz de autorregularse a sí mismo usando el eterno mandamiento de la ley de la oferta y la demanda. Sobre su funcionamiento real hay un ejemplo revelador, que se extrae de la noticia publicada por el Wall Street Journal en febrero de 2010 dando cuenta de una reunión de los gestores de algunos de los fondos de alto riesgo más importantes del mundo, con el objetivo de lograr una postura común ante la crisis de euro y la deuda griega. Se

reunieron en un restaurante, en torno a una mesa no muy amplia y muy bien surtida, cenando. El resultado de parte de la 'mano invisible' del mercado reunida en esa cena ya lo conocemos.

La nueva Inquisición

Para que este torrente sanguíneo fluya con regularidad, pueda eliminar obstáculos y colesterol, y reciba estimulantes que no permitan bajadas de tensión, los propios mercados han puesto en marcha unas tremendas máquinas de guerra, concebidas en principio como defensivas para los intereses de inversores ambiciosos y que, a la larga, se han destapado como auténticas armas de destrucción masiva. Son las Agencias de Rating, que califican la salud financiera y la deuda que emiten empresas y países para que los tiburones puedan moverse con soltura en busca de las presas más débiles.

Existen actualmente unas 150 agencias de rating en todo el mundo y algunas tienen ya una tradición centenaria, pero el Mercado está dominado por tres, las tres norteamericanas, que controlan el 80% del negocio: Moody's, Standard and Poor's y Fitch.

Los clientes de las agencias de rating son todos aquellos agentes que juegan en el Mercado, los que venden deuda y acciones y los que las compran. Cada cliente, por ejemplo, elige la que quiere que estudie sus cuentas y las califique, pagándole por ello. Esto quiere decir que tanto España como Grecia y el resto de los países que ahora sufren y protestan por estas calificaciones, les han pagado por ellas

una buena suma de dinero. Las agencias emiten periódicamente calificaciones que determinan el grado de riesgo de las inversiones y van desde la garantía total (AAA) hasta la C de alto riesgo o especulativas, también conocidas como bonos basura.

La subida o bajada de calificación de las agencias puede encumbrar o hundir a empresas y países, como se ha visto en los últimos meses con Grecia, Portugal, Irlanda, España e Italia, y su poder en estos momentos parece ilimitado, incluso una de ellas rebajó la calificación a Estados Unidos, antes de elevar el techo de deuda y de gasto. Sólo a raíz de las últimas calificaciones, algunos políticos, como Durao Barroso, se han atrevido a "descalificarlas" y otros, como Merckel, auspician la creación de una agencia europea, porque se consideran tratados discriminatoriamente en relación con Estados Unidos. En agosto de 2011 también Obama arremetió contra ellas, tras rebajar la calificación de la deuda.

Los mercados parecen seguir a pies juntillas sus recomendaciones y hasta el anuncio o la insinuación de bajada de calificación bastan para poner en cuestión de horas a un país al borde de la quiebra.

Cuando, en 2009, Estados Unidos parecía dispuesto a tomar medidas drásticas contra los causantes de la crisis y el propio presidente Obama hablaba sin tapujos de cambiar y reinventar el sistema financiero, los ojos de todos se dirigieron hacia los tres máximos responsables de estas agencias y fueron

llamados a declarar ante una Comisión del Congreso, en una comparecencia que, en aquellos momentos, fue calificada de histórica, puesto que era la primera vez que esto ocurría. La expectación era inusitada. Se examinaron hasta 400.000 páginas de documentos. Hubo declaraciones de empleados, algunos de los cuales pidieron perdón públicamente por sus errores y sus prácticas y, finalmente, comparecieron Deven Sharman, por Standar and Poor's, y Stephen Joint, por Fitch. El resultado también es conocido. Ni pidieron perdón, ni modificaron sus estrategias ni han pagado en prestigio ni en dinero absolutamente nada. Defendieron su trabajo, sus métodos y su status; tres años después seguían en la cúspide del sistema financiero.

Motivos para que se tomaran drásticas medidas contra estas agencias no faltaban. Hoy ya parece haberse olvidado que el día anterior al hundimiento de Lehman Brothers, este banco de inversión había recibido la calificación de triple A, es decir, seguridad absoluta. Lo mismo ocurrió unos años antes con Enrom, también con los bancos islandeses y el día previo al descubrimiento de la estafa de Madoff.

Es evidente que el poder de estos directivos y estas empresas de Rating ha superado al de cualquier gobierno o empresa y por eso es indispensable saber quiénes son y cómo trabajan.

Standard and Poor's es propiedad, al cien por cien, del grupo editorial McGraw Hill. Este grupo tiene, a su vez, entre sus propietarios a socios de la agencia Moody's y a varios fondos de pensiones como Black Rock.

Moody's es propiedad de Warren Buffet, el fondo de inversión Capital Group y varios fondos de inversión. Cotiza en la Bolsa de Nueva York, donde tiene su sede.

Fitch tiene sedes en Nueva York y Londres. Es propiedad del grupo editorial francés Fimalac y de la Corporación, también de comunicación, Hearst, de Estados Unidos.

Standard and Poor's cuenta con 8.500 empleados repartidos en 280 oficinas de 40 países. Moody's está en 19 países, con 2.500 empleados, mientras que Fitch se encuentra muy por debajo de estas cifras.

Sus tres presidentes cobran entre 6 y 9 millones de dólares al año, son miembros destacados de la Lista Forbes, poseen un amplio historial directivo y están avalados por títulos MBA, al igual que las cúpulas directivas de sus empresas.

En la estructura de propiedad radica parte de su fuerza, ya que de ella forman parte muchos de los más importantes clientes, lo que les asegura influencia e información privilegiada. El resto de su poder viene de su estructura corporativa y de los métodos de análisis, fórmulas matemáticas y algoritmos indescifrables para los profanos. Como se puso

de manifiesto en la comparecencia ante el Congreso, el control a escala piramidal y un fuerte componente de lealtad y obediencia debida, permitieron que los errores circularan por toda la estructura de abajo arriba sin que fueran detectados y, si se detectaban, se silenciaban. En suma, funcionan como un auténtico Tribunal de Inquisición.

MBA's, el corazón de la bestia

A lo largo de nuestro viaje al corazón de la bestia hemos ido avanzando a través de estructuras cada vez más sofisticadas y más poderosas, a la vez que se iba reduciendo su número a escala mundial, lo que nos lleva a una especie de oligopolio de control mundial. Como dije anteriormente, no creo en teorías conspiratorias a nivel mundial, porque para ello hacen falta líderes concretos y estrategias de largo alcance; sin embargo, la mayoría de los líderes que hemos conocido en el mundo empresarial parecen todos cortados por el mismo patrón y avanzan, con una decisión rayana en el fanatismo, en una única dirección que, como ya ha demostrado la historia, termina en el abismo.

Fue el propio sistema el que descubrió la raíz del problema. La estrepitosa caída de la empresa Enron en 2001 dio la voz de alarma, no sólo por constituir en ese momento la mayor quiebra de la historia, sino por los entramados de ingeniería financiera que se pusieron al descubierto y, sobre todo, por la personalidad de quien lideró su hundimiento, Jeffrey Skilling, un hombre "jodidamente inteligente", como él se autodefinió, y el más ardiente defensor de los MBAs (Master in Business Administration). A partir de este acontecimiento, surgieron las primeras voces críticas a la formación académica, culpándola de los desastres que estaban ocasionando en las empresas.

La preocupación no era baladí. Sólo en Estados Unidos cada año aterrizan en las empresas una media de cien mil profesionales con un MBA bajo el brazo.

Por MBA se conocen popularmente las Escuelas de Negocios, en las que desde hace un siglo se preparan las élites que, posteriormente, dirigen las empresas y la economía.

En el año 2004, como tantas veces ha sucedido a lo largo de la Historia, un libro provocó una verdadera convulsión, en este caso dentro del lujoso, seguro y normalizado mundo de las escuelas de negocios. El libro se titulaba "Directivos, no MBAs" y su autor era un reputado académico de estas escuelas, en las que sus textos eran una referencia imprescindible desde los años 70. Henry Mintzberg afirma en la introducción de su libro: "Los MBAs son programas de formación especializada en las diversas áreas funcionales de los negocios, no programas de formación general sobre la práctica directiva (...) Pretender crear directivos a partir de gente que no ha dirigido en su vida es una vergüenza (...) Estos programas forman a la gente equivocada con métodos equivocados y traen consecuencias equivocadas". Estas consecuencias las describía Mintzberg en 2004, tres años antes de que estallase la crisis, de la siguiente manera: "Los MBAs son los culpables, aunque no los únicos, desde los exagerados sueldos de los ejecutivos y las estrategias y fusiones fracasadas, hasta los escándalos de comportamiento empresarial deshonesto y todo ello es indicativo del

fallecimiento del liderazgo. No sólo no forman líderes, sino que proporcionan a quienes los siguen la falsa impresión de dirección y así están socavando nuestras organizaciones y nuestra sociedad". ¡Un libro realmente profético!

Aunque hay antecedentes importantes a finales del siglo XIX, es la creación, en 1908, de la Harvard Business School, la que marcará la esencia de las escuelas de negocios y la que sigue siendo considerada el faro que siguen, tarde o temprano, todas las demás. Esta escuela puso en marcha, de forma sistemática, el denominado Método de los Casos, basado en presentar al alumno un texto de unos veinte folios en el que se describe la situación y las cifras de un negocio o una empresa que se encuentra con un problema y, por tanto, en una encrucijada. El alumno tiene que tomar inexcusablemente una decisión en solitario que, después, será expuesta al resto de compañeros y más tarde, analizada por el profesor. Cada alumno puede analizar, en los dos años que dura el curso, una media de 500 casos. Es un proceso de razonamiento inductivo para encontrar respuestas y tomar decisiones. Harvard, a partir de 1960, tuvo que competir con otra tendencia, representada por la Universidad de Stanford, que se basaba más en la investigación y en el negocio como ciencia. En cualquier caso, hoy estas dos escuelas han confluído en una mezcla que representa a los MBAs actuales, avalados por la respetabilidad que da el marchamo universitario y que es la clave de su éxito.

¿Por qué constituyen los MBAs el corazón de la bestia?

En primer lugar, porque las instituciones académicas tienen el papel concreto de promocionar el pensamiento crítico en la sociedad y cuando hace lo contrario están corrompiendo su esencia. La forma en que una sociedad selecciona y desarrolla a sus líderes y cómo esos líderes ejercitan el poder tiene que ver con el compromiso que ellos adquieren con el ciudadano. La forma en que los MBAs lo han estado haciendo ha servido para desvincularlos y los costes sociales y económicos que estamos pagando por ello son tremendos. El liderazgo ha de ser respetado y el que se fomenta en las escuelas de negocios viola ese espíritu porque fomenta la creación de una élite aislada y privilegiada que se impone a la gente sin su consentimiento.

¿Por qué afirma Mintzberg que forman a gente equivocada con los métodos equivocados? Básicamente, porque desde hace casi un siglo se seleccionan a sí mismos, se han convertido en una organización endogámica que hasta exige un ritual de iniciación para entrar en ella. Este ritual es el examen de admisión, en el que tienen cabida los alumnos universitarios con mejor expediente académico, pero del que están excluidos todos aquellos que no tengan grandes habilidades matemáticas, indispensables para poder adquirir técnicas, denominadas herramientas, que se convierten en modelos para aplicar a los recursos financieros, a los recursos humanos y al análisis de la competencia.

Para situar a los MBAs en el epicentro del Mercado es necesario que estas escuelas estén interconectadas con los diversos órganos que hemos visto hasta ahora. Aunque la mayoría de las escuelas de negocios operan desde las universidades, no comparten el origen humanista de éstas, sino que forman parte del propio crecimiento del Mercado. Las escuelas de MBAs no se pueden entender hoy sin la influencia y el dinero de las grandes empresas, de la labor selectiva de los reclutadores de estas empresas, de los filántropos y de los antiguos alumnos.

En primer lugar, está la financiación. Crear un máster MBA no está al alcance de cualquiera. Su coste medio es de unos 60.000 euros y, hoy por hoy, en las universidades en que se imparten son los departamentos estrella. Por ejemplo, el presupuesto de Harvard en 2009 fue de 35.400 millones de euros, de los cuales la Business School acaparaba 3.500. Los MBAs y sus métodos de estudio ya se han convertido en sí mismos en un negocio. Volviendo a Harvard y su Método del Caso, cada alumno estudia en el curso una media de 500 casos; de éstos, la propia escuela pública unos 300 para venderlos. En 2007 se vendieron a escuelas de todo el mundo 8.420.000 casos, con los que se ingresaron un total de 138 millones de dólares.

Las donaciones parten, sobre todo, de ex alumnos que sí han triunfado en los negocios, porque lo que aquí queremos demostrar es que una mayoría de MBAs fracasan y que sus métodos son peligrosos, lo que no implica que algunos alumnos triunfen y se conviertan en visionarios, con talento y

con éxito. Son éstos, precisamente, los que más contribuyen a sostener el auge de los MBAs, porque las donaciones dan prestigio y reportan beneficios a quien da y a quienes reciben. El récord de donación está en 300 millones de un ex alumno de la Escuela de Chicago.

Volvamos ahora a lo ocurrido en las dos últimas décadas en el mundo financiero cuando, gracias a las desregulaciones aprobadas por los políticos y a la supresión definitiva de la Ley Glass-Steagall, se produjo una explosión de los bancos falsos de inversión y las empresas de consultoría. El creciente número de estas empresas obligó a los reclutadores a exigir a las escuelas de negocios especializar a sus alumnos en esta área. Esto obligó a las universidades a enfocar los perfiles de los MBAs, masivamente, hacia un perfil financiero. Los alumnos, deseosos de triunfar, desbordaron a las universidades en peticiones de estos estudios, cuya demanda fue creciendo de año en año, incluso durante la crisis. Los exámenes de ingreso pasaron de 181.000 en 2007 a 265.000 en 2009.

Las grandes empresas, sobre todo las financieras y de consultoría, necesitaban el prestigio de las universidades para poder seguir vendiendo humo y atraer a los agentes inversores, por lo que hicieron donaciones millonarias a las universidades más prestigiosas y, lo que es más importante, enviaron a sus trabajadores y les financiaron los cursos MBAs. La demanda masiva refuerza, a su vez, el prestigio de las universidades, que

tienen que competir entre sí, contratando cada vez a profesores más prestigiosos y más caros.

Para rizar el rizo y completar el círculo vicioso, interviene aquí un factor determinante que, como siempre, está en las clasificaciones, las listas y los rankings. Entran en juego unos agentes que, si remontamos un poco la vista atrás, vemos que han jugado un papel esencial en todos los estamentos evolutivos que hemos analizado -las grandes fortunas, las grandes empresas, los agentes del mercado y, ahora, los MBAs-. Se trata de los medios de comunicación. Son los que elaboran las clasificaciones de todos estos estamentos y sus propietarios están en los entramados de todas las grandes empresas, incluidas, como hemos visto, las que hemos denominado tribunales de Inquisición, es decir, las agencias de Rating. Así, en las listas de las escuelas de MBAs están los grandes emporios de la comunicación del mundo, como Bloomberg, US News World Report, Financial Times, The Economist, Forbes, Fortune y el periódico El Mundo en sus últimos años.

El juego de intereses cruzados entre universidades, empresas, empresarios y medios de comunicación es total, hasta el punto de que las escuelas de negocio funcionan hoy como auténticas empresas en sí mismas, participando en el trillado camino de las concentraciones, consorcios, adquisiciones y fusiones e, incluso, creando grandes ferias internacionales, como The MBA Tour, Acces MBA o As World MBA, en las que todo y todos se compran y se venden.

En España, el despegue de los MBAs fue paralelo al económico y hoy sigue en ascenso, a pesar de la gravedad de la crisis que padecemos. Existen actualmente unas 300, que emplean a unos 12.000 profesores y reúnen 115.000 alumnos. España ocupa el cuarto puesto a nivel mundial en cuanto a número de escuelas de negocios y cuatro de ellas están entre las mejor valoradas en los rankings.

La máquina, en pleno funcionamiento

El detallado y polémico análisis que Mitzberg hace de los MBAs es demoledor. Representan la corrupción del proceso formativo, de las empresas en las que trabajan y, finalmente, de las instituciones sociales. Son "la gente equivocada" porque "no están motivados para dirigir, sino para alcanzar altos sueldos y prestigio sin estar dispuestos a hacer los sacrificios necesarios para aprender a dirigir de abajo hacia arriba, sino que quieren disfrutar de puestos desde los que observar, analizar y aconsejar". Estudian con "métodos equivocados" porque la escuela gira en torno a la especialización, no a la integración; se ocupan de las diversas funciones de los negocios, no de la práctica de la dirección. Los alumnos son personas pragmáticas y con prisa, quieren saltar por encima de la experiencia de los demás y los programas de estudio les ofrecen las herramientas para lograrlo. Para entrar y salir de estas escuelas hay que ser especialista en matemáticas para convertir la dirección de empresa en un puro cálculo. Las escuelas se preocupan más por colocar a sus licenciados y obtener apoyo financiero de las empresas que por saber si las empresas utilizan los recursos productivos de la nación para el bien social. Si las escuelas de negocios estuvieran haciendo realmente su trabajo, sus titulados serían famosos por su humildad, no por su arrogancia.

Últimamente, los MBAs han abandonado las grandes empresas de fabricación y se han convertido en sus proveedores, distribuidores, banqueros y consultores. Saltan de empresa en empresa, de sector en sector, sin quedarse a esperar las consecuencias de sus acciones y el resultado es la corrupción de la esencia del liderazgo empresarial, que se ha convertido más en un medio para salir personalmente adelante que en convertir una organización en un lugar mejor.

Mitzberg es tajante en cuanto a una de las máximas publicitarias de los MBAs como creadores de emprendedores, afirmando que han fracasado. De hecho, la mayoría rara vez crea las empresas que dirige y, cuando lo hacen, se trata de empresas del sector de la consultoría, el inmobiliario, la banca de inversión y los servicios financieros. De sus documentados estudios tampoco se desprende que hayan triunfado en las nuevas tecnologías; así, de un total de 93 grandes empresas de nuevas tecnologías norteamericanas en 2003, sólo 15 fueron fundadas por MBAs y, de éstas, sólo dos estaban en los diez primeros puestos en tamaño y beneficio.

Si hoy cogemos al azar cualquier folleto de propaganda de una escuela de negocios, observaremos que la responsabilidad social figura como uno de sus principios irrenunciables y como materia básica de sus métodos de enseñanza. ¿Cómo, entonces, Mitzberg las califica de corruptas y aquí las colocamos justamente en el corazón de la corrupción que ha generado la actual crisis? Simplemente,

porque nunca han ejercido esta responsabilidad social, sino todo lo contrario, y ahora intentan reconvertirse de cara a la opinión pública, precisamente para ocultar lo que han sido y continúan siendo.

El Bussines Roundtable, un grupo integrado por directores ejecutivos de las mayores empresas de Estados Unidos, publicaba en 1997 la llamada "Declaración de gobierno corporativo". En ella se dice que el deber principal de los directivos y las juntas directivas es para los accionistas de la empresa y que los intereses de los otros "stakeholders" (trabajadores y clientes) son relevantes sólo como una derivación del deber hacia los accionistas. De un plumazo se han cargado principios tan básicos para el comercio como que el cliente es el rey y los trabajadores el mayor activo, entronizando el precio de la acción como único valor. El resultado es el rosario de empresas que han hundido y la recesión económica a la que nos han abocado.

Los MBAs de la política

Los MBAs se han convertido en la credencial para el éxito y el enriquecimiento en las empresas. Partiendo de la falacia de que la democracia es consecuencia de la libertad de comercio, no es de extrañar que el sistema de los MBAs se haya trasladado a las organizaciones gubernamentales y hasta las ONGs. Los partidos políticos han calcado sus métodos de enseñanza, creando escuelas como la JF Kennedy o la School of Government de Harvard en Estados Unidos, la ENA en Francia o, ya en España, la FAES del Partido Popular o la Jaime Vera del PSOE. Estas escuelas preparan a sus alumnos para ser mediadores, especialistas en cifras, manipuladores, adictos al poder puro y ajenos a las cuestiones de responsabilidad social.

Estos MBAs de políticos son, por otra parte, innecesarios, porque el mundo de la política siempre ha estado conectado con el empresarial, con el dinero y la ingeniería financiera. Basten dos ejemplos. El primero es la estrecha relación que ha mantenido históricamente Goldman Sachs (el banquero de Dios) con el Gobierno de Estados Unidos, que le ha llevado a controlar, directamente, la Secretaría del Tesoro (los tres últimos ex presidentes del Banco la han dirigido con Bush, Clinton y Obama). El segundo ejemplo, aún más clarificador, es el del primer ministro italiano Silvio Berlusconi.

Esta cadena no sólo no se ha roto con la crisis, sino que es más sólida que nunca, y como muestra, el anuncio de Rajoy de que pondrá al frente del ministerio de Economía y otras áreas sensibles a tecnócratas independientes en lugar de políticos.

La segunda mitad del siglo XX ha sido la edad de oro de los tecnócratas políticos, y la amoralidad de algunos de ellos es esencial para comprender la naturaleza de nuestro tiempo. Doy un salto atrás y de Mitzberg vuelvo a Ralston Saul, al que el anterior cita profusamente, ya que sus dos obras básicas, "Los bastardos de Voltaire" y "La civilización inconsciente" fueron escritas una década antes que la obra de Mitzberg. Recorro a Ralston Saul para rescatar la figura de Robert McNamara, que nos servirá de enlace entre el mundo de los grandes empresarios, los mercados, los MBAs, los tecnócratas, el poder político y la ideología del corporativismo, en cuya incomprensión e inconsciencia se justifica la perplejidad del ciudadano ante la actual crisis económica.

Gente peligrosa: el caso McNamara

Para Saul, Robert McNamara fue, en gran medida, responsable de cuatro de los más importantes desastres ocurridos en el mundo occidental tras la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, para las élites ha sido un dirigente intachable de los tiempos modernos y un ejemplo a imitar, y así se lo reconocieron otorgándole el primer Premio de Egresado de la Harvard School. Fue secretario de Defensa con Kennedy y con Johnson y después fue presidente del Banco Mundial. Diseñó y gestionó la guerra de Vietnam, protagonizó el lanzamiento de la carrera armamentística nuclear y la comercialización del negocio de las armas y, finalmente, fue el creador de la estructura financiera que provocó la crisis de la deuda en el Tercer Mundo. McNamara abandonó la Presidencia de la Ford Motor Company para convertirse en secretario de Defensa de John Fitzgerald Kennedy en 1961 y lo hizo para introducir en el Gobierno los modernos métodos de gestión de la industria privada. Así, impuso principios empresariales al entrenamiento de oficiales y a la producción de armas, transformando al oficial profesional el algo que está a medio camino entre el burócrata y el ejecutivo. El cumplimiento del deber hasta la muerte perdió así su lógica, porque no entraba dentro de la lógica empresarial ni producía ningún interés personal. En cuanto a las armas, concluyó que para reducir su coste era necesario producirlas en masa y

vender los excedentes al exterior, lo que serviría para aligerar el déficit exterior y mejorar la economía. Puso en marcha de este modo el mayor mercado de armas de la historia de la Humanidad.

Ante la amenaza de una hecatombe provocada por las armas nucleares, inventó la "respuesta flexible", empezando por las armas convencionales y pasando luego a las nucleares tácticas, según el enemigo (la URSS) avanzase, lo cual daba uso a armas nucleares menores y centraba el posible conflicto en Europa. Impulsó la guerra de Vietnam y evitó que Johnson terminara con ella. Sus métodos empresariales fueron claves en el fracaso de esta guerra que su país perdió y en la que perdieron la vida miles de personas.

Ingresó en el Banco Mundial con el objetivo de salvar al Tercer Mundo. Lo primero que hizo fue reestructurar todos los medios de evaluación del Banco a partir de un detallado análisis de las estadísticas de cada país. Persuadió al Gobierno y a los bancos para que hicieran préstamos masivos al Tercer Mundo con el fin de que crecieran y se convirtieran en clientes de Estados Unidos y así poder equilibrar la balanza comercial. El resultado fue que en los países receptores aprendieron a falsificar las cuentas que justificaban las inversiones, el dinero se evaporó, fue imposible pagar las deudas y el FMI comenzó a aplicar políticas de austeridad contra estos países, tal y como ahora lo hace en los países del Sur de Europa, sin conseguir que aún se hayan recuperado.

Si alguien está interesado en profundizar en los desastres causados por los tecnócratas corporativos en la política a lo largo del siglo XX puede revisar también las historias de Henry Kissinger, Giscard d'Estaing, James Baker o Simon Reisman.

Gestionando la política

Gestión empresarial de la política: ésta es la consigna más repetida durante la última década, sobre todo desde la clase empresarial que, a su vez, añade más gestión y menos política, para concluir menos gobierno y más iniciativa privada. A los políticos, desde hace décadas, se les ha empujado así a profesionalizarse como gestores empresariales de las instituciones, copiando sus métodos y llevando a las instituciones a la misma crisis a la que los dirigentes corporativos han llevado a muchas de sus empresas.

Entonces, como señalábamos al principio de este ensayo, ¿por qué si los políticos mienten exigimos su dimisión, cuando todos sabemos que los bancos llevan mintiendo sobre sus balances desde el inicio de la crisis? ¿Por qué exigimos que no exista información reservada en las instituciones si esto es la esencia de las grandes corporaciones? ¿Por qué criticamos la retórica, la propaganda y la publicidad política, si las corporaciones empresariales han encriptado sus lenguajes hasta hacerlos incomprensibles y sólo usan la publicidad para comunicarse con sus clientes y accionistas? ¿Por qué criticamos a los partidos políticos por su falta de democracia interna y de debates cuando las corporaciones han anulado a las juntas de accionistas para otorgar poderes dictatoriales a los directores generales? ¿Por qué exigimos a los políticos responsabilidades penales y sociales por sus actos, si la lealtad a las corporaciones ha llegado a modificar las leyes para aplicar

siempre la eximente de la obediencia debida, incluso ante la comisión de delitos? ¿Por qué acusamos a los políticos de ponerse sueldos elevados e hinchar las nóminas de asesores si eso es lo que hacen todos los directivos nada más acceder a la Presidencia o a la Dirección General? ¿Por qué criticamos algunas obras faraónicas de los políticos cuando los dirigentes corporativos han levantado auténticas catedrales de vidrio y hormigón para instalar sus sedes centrales? ¿Por qué el político no va a privatizar empresas públicas si la mayor parte de las grandes empresas corporativas se forman en esos procesos de privatización? ¿Por qué los políticos no van a descentralizar cada vez más las administraciones, si los dirigentes buscan cada vez gobiernos más débiles a los que imponer sus condiciones fiscales y laborales para instalar sus empresas? ¿Por qué el mercado exige ahora y de forma inexcusable a las administraciones rebajar su deuda y su déficit, cuando el de las empresas de cada país es mucho mayor y buena parte de las deudas y déficits del sector público proviene del dinero dado a las empresas en forma de créditos o exención de impuestos otorgados para evitar su quiebra?

No nos engañemos. En la vida real –la economía real, que se dice ahora- sólo hay tres jugadores: gobiernos, grandes empresas y ciudadanos, incluyendo en éstos a los pequeños empresarios. El objetivo de las grandes empresas es siempre el mismo: descentralizar gobiernos para hacerlos más débiles en la negociación, y desregular para evitar controles y

responsabilidades. Para conseguirlo, han adoptado el método corporativo que, en esencia, es la negociación entre grupos, evitando siempre el conflicto directo. El dinero y la retórica se utilizan para engrasar estas negociaciones, para lo que han creado auténticos especialistas: los lobbys, que no son más que actividades empresariales destinadas a corromper a los representantes y servidores del pueblo para que se desentiendan del bien público. Los perdedores en este juego siempre han sido los ciudadanos.

Si los emprendedores que han fundado empresas y que siguen siendo la base de la economía, a través de las pymes, se han dejado convencer de que lo mejor para ellos es vender sus empresas, cuando alcanzan el éxito a las grandes corporaciones, pasando ellos a ser sus gerentes (empleados), ¿cómo va a resistirse el alcalde, el consejero, el ministro y los presidentes de Gobierno a convertir sus concejalías, ministerios y países en estructuras empresariales burocratizadas y con todos los vicios de las empresas privadas? ¿Por qué no iban a hacerlo sí, durante décadas, hasta que se derrumbaron, vivían en un éxito permanente y gozaban de todo el reconocimiento social?

Nos quejamos de los sueldos y del tren de vida de nuestros políticos. Los medios de comunicación, sobre todo durante las dos últimas décadas, han estado inundados de escándalos económicos en el mundo de la política, que van desde un traje a la financiación de los partidos políticos, pasando por la corrupción urbanística. Estas historias eran alternadas con otras de éxitos empresariales, negocios

multimillonarios surgidos de la nada e historias de lujo que se vendían como modelo social, ideológico y hasta religioso. ¿Cómo no van a perder los políticos el contacto con la realidad y con los votantes?

Dudo mucho que exista algún banco que sepa lo que realmente cuestan sus ejecutivos, porque en su vida real siguen usando para todo dinero virtual, de la empresa, de sus accionistas, de sus clientes, de los contribuyentes, de los ciudadanos. Sus tarjetas oro sirven para comer, dormir, pagar la casa, el servicio doméstico, el colegio de los niños, las vacaciones o el teléfono. ¿Cuántos grandes empresarios saben lo que cuesta un billete de metro, la cesta de la compra, el colegio o un café? ¡Después sorprende, como sorprendió, que Zapatero, ante una gran audiencia televisiva, no supiera el precio del café o que Camps no pague sus trajes o que los eurodiputados se negaran a viajar en clase turista!

¿Hasta dónde llega el poder del corporativismo del Mercado en relación con la política y el poder democrático de los ciudadanos? ¿Estamos ya, de hecho, en manos del sistema corporativo y ha secuestrado éste ya el poder democrático en Occidente? Mi opinión es que están a punto de conseguirlo y trabajan a marchas forzadas para evitar el retroceso causado por la reacción del poder político y la ciudadanía a raíz de la crisis.

Y Solón rompió todas las deudas

Quiero introducir aquí una breve historia que tiene que ver con el objetivo de este libro, que no es otro que explorar caminos para recuperar la verdadera democracia que, si no hemos perdido ya, estamos a punto de perder. Se trata de la historia de Solón, uno de los siete sabios griegos, considerado como la persona que puso las bases de la democracia ateniense, la misma de la que es heredera nuestra actual democracia.

Solón vivió en Atenas del 638 al 559 a.C. y legó a la Humanidad su Constitución del 594 a.C., un modelo alternativo para la civilización y el individuo del que Sócrates, el gran padre de la democracia, pudo beber medio siglo después. Solón era el mayor poeta de su tiempo y una experimentada figura política. La región de Ática estaba entonces en manos de los eupátridas, nobles terratenientes que ejercían el poder como una auténtica dictadura, concentrando la práctica totalidad de la riqueza y del poder político en muy pocas manos. Los campesinos, que constituían la inmensa mayoría de la población, estaban presos de las deudas contraídas con los eupátridas que, en muchos casos, los convertían en esclavos. El pueblo, ante esta situación, se había rebelado y se vivía un auténtico clima de guerra civil. En este contexto, hubo un consenso para que Solón fuera nombrado arconte y gobernara con plenos poderes. Lo primero que hizo este sabio fue anular todas las deudas que los campesinos

habían adquirido con los terratenientes durante generaciones para que recuperaran todas las tierras embargadas. Se abolió la esclavitud por deudas, se cambió de moneda y se hizo florecer el comercio. No sólo fue una revolución económica, sino democrática. Se abolió la distribución de los derechos políticos basados en el linaje de los individuos. Se estableció la distinción de poderes, dejando la labor legislativa en manos de una asamblea (ekklesia) compuesta por todos los ciudadanos varones mayores de 18 años, y el poder ejecutivo en dos tribunales, uno ordinario y otro supremo, compuestos por ciudadanos elegidos por sorteo. La mujer quedaba excluida, pero se eliminó la dote para contraer matrimonio.

Justicia y libertad adquirieron en la Constitución de Solón una dimensión que es la base de nuestra democracia. En ella se recogía que cualquier acto de injusticia que ponga en riesgo la seguridad común amenaza, asimismo, la seguridad de cada miembro de una comunidad; de ahí que cualquier injusticia individual deba concernir a todos, porque la esclavitud de alguien pone en peligro la libertad de todos.

La aplicación de la Constitución de Solón trajo, además, y en pocos años, la prosperidad económica, además de la social. Una vez alcanzado este punto, Solón se retiró voluntariamente del poder y se dedicó a viajar. Los aristócratas no tardaron en recuperar su poder y sumir de nuevo a Atenas en el caos y la confrontación civil. Democracia y razón rescatarían de nuevo a Occidente, hace muy pocos siglos, del

mundo de las tinieblas y hoy volvemos a Grecia, 2.500 años después de Solón, como ejemplo esclarecedor de la guerra por el control del poder que se está librando en el mundo en nombre de la democracia.

Hoy, Grecia se ahoga en su deuda

La deuda griega es hoy el epicentro de la crisis económica y ha adquirido el mismo rango que tuvo la caída de Lheman Brothers al inicio de la crisis. De su solución dependerá la evolución de la crisis hacia una recuperación o hacia la depresión.

En octubre de 2009, el socialista Papandreu gana las elecciones, sustituyendo al anterior gobierno conservador de Karamanlis. Nada más acceder al poder afirma que el déficit no era del 6%, como reflejaban las cuentas, sino del 12% y que la deuda llega al 113% del PIB. Comienza así a destaparse uno de los escándalos económicos y políticos más alucinantes y más peligrosos ocurridos en Europa en los últimos años. Grecia había falsificado todas sus cuentas públicas desde hacía años para poder entrar en la Unión Europea y en el euro, y había seguido falsificándolas para seguir recibiendo dinero de la UE. El Gobierno griego había creado un monstruo estatal de gastos y privilegios que iba, desde convertirse en el segundo comprador de armas de la Unión Europea, gastando en ello el 4% de su Producto Interior Bruto, hasta mantener un sistema de pensiones del que seguían cobrando los familiares de los funcionarios muertos.

El maquillaje de cuentas y el engaño continuado a la Comisión Eurostat había sido posible gracias a la colaboración de algunos bancos, entre los que sobresalía Goldman Sachs, con algunos de los mágicos productos que ponían en juego cada día en el mercado, como el que permitió a Grecia no hacer frente a su deuda sanitaria aplazándola y distribuyéndola en años venideros.

Las agencias de calificación, que hasta entonces no se habían enterado de nada, así como el FMI y la Unión Europea, comenzaron a rebajar la calidad de la deuda, hasta llegar a la calidad de bonos-basura en abril de 2010 y seguir descendéndola hasta el momento actual. El Gobierno, asesorado por el FMI, comienza a aplicar duras medidas de ahorro y recortes que afectan a los servicios públicos, a los pensionistas y funcionarios, además de subidas de impuestos. Mientras tanto, los vencimientos de deuda y el hundimiento de las calificaciones hacen imposible la financiación en el mercado y aparece la amenaza de bancarrota.

La UE y el FMI acuerdan el primer rescate de Grecia en mayo de 2010, por importe de 110.000 millones, ante el peligro de que el euro se hunda y el gran logro político del siglo XX, la creación de la Unión Europea, se venga abajo y desaparezca. Evidentemente, no se trataba de que la deuda griega provocara todo esto, como no provocó el hundimiento del sistema financiero la quiebra de Lehman Brothers en 2008. Ambos casos eran la punta de un iceberg mucho mayor y están íntimamente conectados.

El sistema financiero mundial se colapsó a raíz del hundimiento de Lehman porque puso al descubierto que estaba infectado por productos tóxicos desde hacía años y en unas proporciones tan descomunales que sembraron la desconfianza mutua entre todos los bancos, acostumbrados, por otra parte, a falsear sus cuentas de forma sistemática. Todo esto provocó que se secase el crédito y que cada empresa tuviera que enfrentarse a sus propios demonios y a sus quiebras ocultas, como les ocurrió a las automovilísticas. Era el resultado de dos décadas de gobiernos corporativos, cuyos métodos y resultados ya hemos analizado. Fue el sector público, los gobiernos, con el dinero de los contribuyentes, el que tuvo que salir al rescate del sistema financiero y, además, gastar enormes sumas de dinero en planes de reactivación para evitar la segunda gran depresión.

La falta de crédito internacional y los gastos para sostener la economía dispararon los déficits en todos los países occidentales; también dejaron al descubierto sus deudas y en el aire el futuro de esas naciones cuyos gobiernos se habían entregado a la ideología del Mercado, creando burbujas inmobiliarias, estructuras corporativas políticas infladas de gastos y de personal y entrando, la mayoría de las veces, en la corrupción pura y dura. Cada escándalo empresarial arrastraba tras de sí un escándalo político y dejaba en evidencia cómo el poder político se ha puesto al servicio del mundo financiero y especulativo. En mayor o menor grado y con sus propias

características específicas, cada país fue entrando en la lista de candidatos a la suspensión de pagos por su déficit público y sus deudas: Irlanda, luego Portugal, seguido de cerca por España e Italia, hasta que, en agosto de este año, la crisis de la deuda llamó a las puertas de Francia. Todos estos países veían, de día en día, cómo se incrementaba su deuda y se hacía más caro financiarla en los mercados. Las agencias de calificación, cuyo poder había salido indemne de la crisis a pesar de demostrarse su papel activo y corrupto en la misma, fueron, implacablemente, destruyendo las calificaciones de deuda de todos estos países, lo que es aprovechado por los mercados para especular con el endeudamiento de los países, de la Unión Europea y, finalmente, del euro, en una espiral de casino asesina y, a la vez, suicida para algunos de sus protagonistas.

Todos esos gobiernos demócratas, de signo conservador o socialdemócrata, desbordados por los propios errores cometidos en la última década, con las arcas del Estado vacías y más o menos conscientes del callejón sin salida en el que han metido a sus ciudadanos, se muestran incapaces de retomar las riendas de sus economías. Pillados por las estructuras corporativas que han montado a su alrededor, tienen que soportar la creciente presión social de un número creciente de ciudadanos indignados que ya no están dispuestos a ser los únicos paganos de una crisis que no han provocado. En Grecia, la última huelga general acabó en una auténtica batalla campal y el movimiento del 15-M español comienza a prender en varios países europeos.

A todos estos países sólo les queda el recurso de aferrarse a los resortes económicos que proporciona la Unión Europea, convirtiendo al Banco Central Europeo en el auténtico gobierno europeo, liderado aún por Alemania y, en menor medida, por Francia. Los gobiernos de estos dos países, a pesar de haber participado activamente en la génesis de la crisis, han resguardado a sus países de los fenómenos más extremos de la misma, como la burbuja inmobiliaria. Sus líderes, Angela Merkel y Nicolas Sarkozy, respectivamente, resucitaron el eje franco-alemán y decidieron el segundo rescate a Grecia por importe de 160.000 millones de euros, obligando a los bancos a aportar 50.000 millones "voluntariamente".

Llegamos en este punto a la respuesta de hasta qué punto la ideología corporativista empresarial se ha infiltrado en la estructura política que debía controlarla y proteger a los ciudadanos. Huérfana la Unión Europea de una dirección política única y real, capaz de contraponer a los mercados una acción legislativa y fiscal unitaria, como ocurre en Estados Unidos, el baluarte del Banco Central Europeo parece endeble para proteger a los 500 millones de atónitos ciudadanos europeos. El BCE, aunque tiene múltiples mecanismos de control, como la fijación del tipo de interés interbancario y la capacidad de imprimir euros, no tiene capacidad financiera ilimitada para ser el prestamista de último recurso y rescatar la deuda de todos los países. Además, no es una institución

política, a pesar de que sus presidentes son elegidos políticamente en cada país y a nivel central, porque en su esencia -la que se buscó con su creación- está la independencia de las instituciones políticas y, como se ha demostrado con su nefasto trabajo como regulador último del sistema financiero, los bancos y su cultura corporativa siguen teniendo más influencia que los gobiernos políticos que, en teoría, lo controlan.

Ante el justificado pánico que provoca asomarse al abismo de la crisis de la deuda europea, con una alta probabilidad de que uno o varios países entren pronto en suspensión de pagos y con el euro en inminente peligro, se hace inevitable girar la vista al otro lado del Atlántico en busca de las respuestas del autoproclamado líder mundial desde la caída del comunismo, Estados Unidos.

No, we can't

En enero de 2009, Obama tomaba posesión como presidente de Estados Unidos. El primer presidente negro llegaba a la Casa Blanca con un inusitado apoyo ciudadano y con millones de europeos expectantes ante lo que pudiera hacer el líder político con mayor poder en el mundo para acabar con la crisis y reformar el sistema financiero mundial, señalado ya por todos como la causa de la crisis. Al fin, era el presidente de la nación en la que se ha gestado la mayor crisis económica de Occidente tras la Gran Depresión.

Estados Unidos ya había iniciado los rescates de bancos y empresas en los últimos meses del mandato de Bush, por importe de 700.000 millones de dólares, y la era Obama se iniciaba con un nuevo plan de rescate, por importe de 1,1 billón de dólares, que logró contener la crisis e iniciar lo que entonces se confió en que fuera la recuperación económica. Obama, no obstante, tenía su gran asignatura pendiente y el principal compromiso tras su elección: reformar el sistema financiero internacional. Para ello, implicó a los países más importantes del mundo, agrupados en el G-20, una ampliación necesaria del G-8 que hasta entonces había regido el destino del mundo.

En julio de 2010 salía a la luz la denominada Reforma de Wall Street y la Ley de Protección del Consumidor, conocida como la Frank-Dodd por los apellidos de sus autores. En el discurso de promulgación de esta ley Obama afirmó, textualmente: "La aprobación de esta Ley no fue tarea fácil, tuvimos que superar el cabildeo feroz de un vasto grupo de intereses poderosos y una minoría parlamentaria decidida a bloquear el cambio (...). Esta ley proporciona certidumbre para todos, desde banqueros a agricultores y, a menos que un negocio dependa de trucos o estafas a sus clientes, no hay nada que temer de la reforma (...). Con esta ley, el pueblo estadounidense nunca más tendrá que pagar los platos rotos por los errores de Wall Street, ni habrá más rescates con dinero de los contribuyentes".

Leyendo estos mensajes, habría que concluir que, finalmente, el Gobierno corporativo, que las grandes empresas y el sistema financiero habían impuesto durante años al Gobierno ciudadano democrático, había sido derrotado. Sin embargo, un año después estamos en una situación aún peor. ¿Qué ha pasado?

En primer lugar, la Ley Frank-Dodd, que estaba destinada a sustituir a la añorada Ley Glass-Steagall, cuya derogación en 1999 fue el origen de la crisis, tardó año y medio en redactarse, consta de 2.300 páginas y las Cámaras de Comercio de Estados Unidos, para ponerla en marcha, tienen que desarrollar 399 regulaciones y 60 estudios. El coste de su implantación se prevé en 30.000 millones de dólares. Los más

optimistas confían en que se aplique en 2012 y algunos reglamentos se alargarán hasta 2029.

Tras su aprobación, sólo el 33% de los estadounidenses había oído hablar de ella y de éstos, sólo uno de cada cinco confiaba en que fuese efectiva.

La Ley no entró en vigor hasta julio de 2011. Siete meses antes, en diciembre de 2010, el New York Times publicaba un inquietante artículo titulado "Una élite bancaria secreta domina las transacciones inmobiliarias". En él se afirma que el tercer miércoles de cada mes, nueve banqueros se reúnen en Manhattan en secreto, con el objetivo de controlar y debilitar la aplicación de esta ley y de proteger el comercio de derivados: las famosas "armas de destrucción masiva".

Los bancos allí representados son: JP Morgan, Morgan Stanley, Deutsche Bank, UBS, Barclays, Crédit Suisse, Goldman Sachs, Bank of America y Citygroup. La clave está en que la aplicación de la nueva ley implica la creación de tres cámaras de compensación de derivados y el control de estas cámaras permitirá disfrazar el comercio y las ganancias futuras de los derivados.

Las teorías de las conspiraciones que hemos rechazado de plano vuelven a la luz, uniéndose a las de Davos, Bildelberg y otras. El propio secretario del Tesoro, Tim Geithner, la

alimentaba al afirmar, sin más explicaciones, que existen en Estados Unidos “fuerzas oscuras que llevan a cabo una guerra de desgaste contra la Administración Obama”.

La actual guerra declarada en el mundo entre los tres contendientes –grandes corporaciones, gobiernos y contribuyentes- libra aquí una de sus batallas esenciales.

La primera batalla de esta guerra la ganaron las corporaciones en 1999, en plena era Clinton, con la derogación de la Ley Glass-Steagall, sustituida por la Ley Gramm-Leach-Bliley. El más activo de estos tres legisladores, Phil Gramm, es un tejano que fue demócrata y después republicano de extrema derecha y que hoy disfruta del retiro dorado que le proporciona el banco suizo UBS, del que es vicepresidente. Pero entonces los legisladores no estuvieron solos, sino que contaron con las armas intelectuales de la Universidad de Chicago, y con los intelectuales Friedrich Von Hayek y Milton Friedman, además del apoyo económico del American Enterprise Institute y la Brookings Institution. "Las fueras del cabildeo" feroz que denunciaba Obama nunca han descansado.

En mayo de 2011, el presidente del Banco Central Europeo, Jean Claude Trichet, declaraba en Madrid que "las democracias no están listas para salvar el sistema financiero otra vez, por lo que es absolutamente necesario que se aplique una completa reforma del sistema financiero internacional". Trichet añadió que "los gobiernos occidentales se han gastado

el 27% de su PIB para salvar al sistema y los ciudadanos no permitirán que ocurra por segunda vez".

En Europa se ponía entonces en marcha Basilea III, para elevar el nivel de capital de los bancos y reformar el sistema bancario con organismos supranacionales, como el Sistema Europeo de Supervisión Financiera y la Junta Europea de Riesgo Sistemático, pero las verdaderas esperanzas, incluso en Europa, están en la Ley Frank-Dodd. Sólo con impulso desde Estados Unidos se podrán salvar escollos tan difíciles para vencer en esta guerra como siguen siendo los mercados de derivados, las ventas a corto, los paraísos fiscales, la posibilidad de controlar las entidades demasiado grandes como para quebrar o el control de las agencias de rating. En septiembre de 2011 se aprobaba en el Reino Unido una ley parecida destinada a poner un dique entre la banca comercial y la de inversión, pero nace ya moribunda desde el momento en que se anuncia que su aplicación definitiva no será posible hasta 2019.

Hay razones más que sobradas para el pesimismo. Desde el banco Goldman Sachs, el más representativo de las fuerza corporativas en liza, se afirma que la reforma seguirá beneficiando a las grandes corporaciones porque, aunque se controlan y se limita las ventas de derivados, los contratos de futuros y la titulación de activos no se suprimen.

Té para todos

Es el momento de que haga acto de presencia en escena el elemento más perturbador de esta guerra desatada en Occidente contra el legítimo poder ciudadano: las fuerzas políticas de extrema derecha. Están sacando un enorme provecho del sistemático descrédito de la política, de los políticos y del Estado defensor del bien público que llevan a cabo las fuerzas corporativas del mercado. La ultraderecha se sube a esta ola de descrédito político buscando chivos expiatorios en las partes más débiles de la sociedad y exaltando los valores xenófobos; en suma, explotando el miedo para intentar alcanzar el poder en un posible régimen totalitario, como otras veces ha ocurrido en la Historia. Se trata de trasladar el corporativismo empresarial al poder político.

La ultraderecha está representada en Estados Unidos por el Tea Party. En agosto de 2011 le echó un pulso a Obama en la batalla para elevar el techo de gasto, ante el déficit de 14,5 billones, y la batalla ha producido ya una primera víctima: la Ley Frank-Dood, contra la que los ultraconservadores aducen que es demasiado compleja y que ahuyentará las inversiones hacia otros mercados, como el de Singapur. El caso es que ha conseguido que se recorten en más de un tercio los gastos y el personal de las agencias gubernamentales que deben desarrollarla lo que, obviamente, provocará el retraso en su aplicación.

Antes de adentrarnos en la aparición de los grupos políticos que, desde el extremo de los partidos conservadores, intentan resucitar la ideología corporativista, veamos qué han hecho las fuerzas corporativas empresariales para controlar la tímida ofensiva política democrática. Volvemos al banco Goldman Sachs. En 2010 el New York Times revelaba que había asesorado al Gobierno griego a falsear sus cuentas ante la Unión Europea bajo la presidencia de Lloyd Blankfein "el banquero de Dios". Este banco americano es el segundo del mundo en ingresos por fusiones y adquisiciones, el deporte preferido de los directivos corporativos. Desde este banco se afirma ahora que la suspensión de pagos (reestructuración de la deuda) de Grecia se producirá en 2012 y que la banca griega perderá hasta el 80% de su capital; advertencia que hay que tener en cuenta, dada la influencia de quien la hace. Esta influencia ha sembrado también la alarma en Europa, tras la elección del nuevo presidente del Banco Central Europeo, Mario Draghi, que tomará posesión de este cargo en noviembre. Draghi, que será la primera autoridad económica europea hasta 2019, ha sido acusado de participar en el escándalo de la deuda griega, precisamente por haber sido el representante de Goldman Sachs en la época en la que este banco ayudaba al Gobierno a mentir, aunque él se defiende diciendo que sólo trataba con grandes clientes privados.

Veamos ahora cómo lidia Goldman Sachs con el poder político al otro lado del Atlántico. En abril de 2010, la

Comisión de Valores de Estados Unidos, la SEC (la misma a la que el Tea Party ha conseguido reducir su presupuesto para investigar) presentó una demanda histórica contra Goldman Sachs por supuesto fraude en la estructuración y comercialización de productos de deuda colateralizada, que está ligada a las hipotecas de alto riesgo o sub primes. El banco había diseñado y vendido un CDO cuyo valor estaba vinculado a las hipotecas sub prime. Además, ofreció información privilegiada al fondo especulador Paulson, que apostó por su caída. El resultado fue que el fondo de Paulson quedó como visionario, al haberse anticipado a la caída de las hipotecas, ganando más de mil millones de dólares, y Goldman Sachs hizo perder hasta 2.000 millones a sus otros clientes, engañándoles. La demanda se presentó como un hecho histórico y sin antecedentes, y llegó a afectar a las bolsas, que cayeron durante varios días.

Tres meses después, Goldman Sachs no negó ni admitió las acusaciones, simplemente pagó a la SEC 550 millones de euros, la mayor multa de la historia de esta institución. El multimillonario Warren Buffet, que había acabado de invertir 5.500 millones en Goldman Sachs, pudo dormir tranquilo.

La última aventura de ingeniería financiera de Goldman ha sido la entrada en el capital de la empresa de moda, Facebook. Al ser una empresa de capital cerrado, que aún no cotiza en Bolsa, la SEC impedía a Goldman la creación de un fondo de miles de accionistas que figurarían como una única participación de compra, concretamente de 1.500

millones. La solución fue excluir a los inversores americanos y quedarse con el resto, eludiendo así a la SEC. Un MBA de la Universidad de Warton defendió públicamente esta operación diciendo que "es bueno evitar las regulaciones porque a ciertas empresas se les paga para ser creativas".

Un apunte más sobre la influencia y el poder que tiene Goldman Sachs. Rodrigo Rato, el autor de la ingeniería financiera más avanzada para mantener con vida el moribundo sector financiero español de las cajas de ahorro, ha confiado en Goldman como uno de los principales bancos encargados de colocar y sostener la devaluada acción de Bankia y ha apuntalado la gestión de este banco con la contratación en su Consejo de Administración de un miembro del Consejo Asesor Internacional de Goldman, Aguirre Pemán. Ni que decir tiene que tanto Rato como Pemán son MBAs.

Volvamos ahora al Tea Party, el grupo extremista de legisladores americanos que mantiene secuestrado ideológicamente al Partido Republicano, al haber sido clave a la hora de ganar las últimas Elecciones legislativas. De momento, sus líderes copan las candidaturas para las Primarias que deberán elegir al candidato oponente a Obama en las Presidenciales de 2012.

Este sector ha aglutinado al sector más ultraderechista del Partido Republicano, que en las anteriores Elecciones tuvo como líder a Sarah Palin, aunque el que disputó finalmente la

Presidencia a Obama fue McCain, quien tuvo como asesor de campaña al odiado Phil Gramm, el legislador que se cargó la Ley Glass-Steagall. Sarah Palin aún está en la carrera electoral, pero ésta, de momento, está dominada por tres políticos, todos ligados al movimiento Tea Party y todos adeptos de la nueva religión corporativista del Mercado. A ella suman, además, su particular fanatismo religioso, que impregna la mayoría de sus propuestas electorales, lo que crea fundadas sospechas de que, en el fondo, buscan un Gobierno confesional cristiano (o de las ramas o sectas cristianas a las que pertenecen), lo que no retrotraería a los ignominiosos modelos fascistas y corporativistas europeos de la década de los 30.

Michèle Bachman pertenece a la Iglesia Evangélica Luterana de Salem, que defiende que el Papa católico es la encarnación del Anticristo. Su cruzada contra los homosexuales está en el eje de su programa. Mitt Romney es mormón, aunque no es activista y es el más moderado de los tres. Rick Perry es metodista y evangélico y en su ideario está, abierta y permanentemente, la confesionalidad religiosa del Estado.

El gobernador de Texas Rick Perry, por cierto, ha llevado su extremismo político-económico, que acompaña al religioso, demasiado lejos, llegando a acusar al presidente de la Reserva Federal, Ben Bernake, quien es partidario de una política expansiva, de inyectar dinero en el sistema con el que se han hecho los rescates imprimiendo dinero, lo que califica de “traición al Estado Federal”.

El hecho de que los congresistas republicanos del Tea Party hayan actuado en bloque para presionar a Obama ante la crisis de la deuda y que lo hicieran apoyándose en su fe religiosa (en el momento de una crucial votación abandonaron la sala para rezar) hace prever que la ideología corporativista del Mercado, cuyos dogmas de fe son el recorte de impuestos y el recorte de programas sociales, será la que decidirá quién triunfe en una campaña electoral que va a tener lugar en pleno recrudescimiento de la crisis económica.

Ultra Europa

¿Cómo repercute la ola corporativista ligada a la ultraderecha americana en Europa? Para hacernos una idea recurrimos de nuevo a las listas.

El poder de la ultraderecha en Europa:

- Suiza (Partido Popular): 29%
- Austria (Partido Liberal Austriaco, FPÖ, y su escisión, BZÖ): 28,3%
- Noruega (Partido del Progreso): 22,9%
- Italia (Liga Norte) 12,7%
- Finlandia (Verdaderos Finlandeses): 19%
- Dinamarca (Partido Popular Danés): 13,8
- Francia (Frente Nacional): 15%
- Hungría (Fidesz): 16,7%
- Holanda (Partido de la Libertad): 15,5%
- Bulgaria (Unión Nacional de Ataque): 9,9%
- Suecia (Demócratas de Suecia): 5,7%
- Grecia (Concentración Ortodoxa): 5,6%
- Bélgica (Interés Flamenco): 24%
- Lituania (Orden y Justicia): 15%
- Polonia (Liga de Familias Polacas): 7,8%
- Rumanía (Partido de la Gran Rumanía): 8,6%
- Eslovaquia (Partido Nacional Eslovaco): 5,5%

- Alemania (NPD): 1,6%
- En España la ultraderecha sigue siendo residual y no ha llegado al Congreso. Las últimas elecciones municipales han destapado lo que puede ser su punta de lanza para la recuperación en Cataluña, con el partido xenófobo ‘Plataforma per Catalunya’, liderado por Josep Anglada. Este partido pasó de los 17 concejales y 12.000 votos de 2007 a los 67 concejales y 67.900 votos en 2011.
- Sólo se salvan Irlanda, Portugal y Malta.

El ascenso de la ultraderecha en la última década ha sido vertiginoso. La crisis económica ha acentuado esta tendencia y le ha servido para exacerbar el populismo agitador de masas contra el sistema establecido, en este caso contra las dos grandes fuerzas políticas que han alternado el poder en Europa, los socialdemócratas y los conservadores. Contra éstos últimos la demagogia es más acentuada, ya que es de este sector del electorado del que arrancan la mayor parte de los votos. La xenofobia contra los inmigrantes y, sobre todo, contra los que provienen del Islam, es otra de sus banderas, a las que suman el ultranacionalismo de Estado, de región o incluso local, lo que les lleva a posicionarse contra la Unión Europea y a promover en sus países el abandono de la UE y del euro.

En este caldo de cultivo, la ideología corporativista del Mercado se mueve como pez en el agua, como lo hizo en su día en la Italia de Mussolini o en las dictaduras de Salazar y de Franco y, en los años previos, alcanzó el poder con Hitler.

La ideología corporativista del Mercado se nutre de la democracia ciudadana, a la que, poco a poco, va quitando poder, con el fin de llegar a dirigirla a través de la negociación entre grupos de poder hasta anular el control democrático ciudadano. Este escenario es perfecto para la proliferación del populismo de ultraderecha, que hace a los grupos corporativos el trabajo sucio de denigrar a los políticos y los órganos de control de la propia democracia. El problema para estos grupos corporativos es cuando estos líderes populistas de extrema derecha adquieren demasiado poder y pasan a convertirse en héroes populares. Fue lo que ocurrió en los fascismos de los años 30 y el camino que podemos seguir ahora si estos políticos –algunos de los cuales ya gobiernan sus países, como Suiza e Italia- continúan su ascenso electoral y dejan de ser controlables.

En la última década en la Unión Europea han proliferado más los escándalos políticos que los acuerdos para llegar a una unión política y fiscal, y no sólo monetaria, con lo que se ha ganado a pulso el desprestigio político. La creciente desafección ciudadana hacia los políticos se traduce en una bajísima participación en las Elecciones Europeas. En esta apatía está la base del ascenso de la ultraderecha en las últimas elecciones de 2009, donde lograron constituir un grupo parlamentario propio con 32 eurodiputados. No obstante, la

realidad de este grupo es muy compleja, puesto que incluye a 13 eurodiputados del Partido por la Independencia del Reino Unido.

El caso de la matanza de jóvenes socialdemócratas europeos en Noruega ha alertado a muchos europeos demócratas de la inconsciencia de la sociedad occidental ante el asalto a la democracia que estamos sufriendo (en las últimas elecciones en Dinamarca han logrado frenar algo el ascenso de la ultraderecha), cuya denuncia es lo que inspira los panfletos de "¡A la plaza!". Anders Behring Breivik, el autor de la matanza, militó hasta 2006 en el Partido del Progreso y, últimamente, en la Liga de la Defensa. Ciertamente, fue expulsado de ambos por ser demasiado radical, pero su delirante testamento político de 1.500 páginas no ha escandalizado demasiado a los militantes de ambos partidos ni a líderes de otros partidos similares en Italia o Francia. El Partido del Progreso noruego consiguió el 22,9% de apoyo electoral con tres ideas básicas: denuncia de la islamización progresiva de Europa, el cierre de centros de refugiados y la supuesta necesidad de poner coto a la inmigración.

El peligro más inminente de este ascenso generalizado de la ultraderecha es la desestabilización de la Unión Europea. La presión de muchos países con creciente ascenso de la ultraderecha, como Finlandia, para que Grecia se declare en suspensión de pagos y abandone el euro, ha convertido esta hipótesis de inadmisión en real. Si esto se produjera el

próximo año, el futuro de la Unión Europea, a mi juicio, dependería más que de la fortaleza del resucitado eje franco-alemán, de la evolución política y económica de dos países situados en Europa pero al margen de su proyecto común: el Reino Unido y Suiza. También será interesante ver la evolución de Rusia, donde la incipiente democratización se ve cada vez más amenazada por el corporativismo, no ya de Estado, sino del héroe fascista en que parece estar convirtiéndose Putin y, finalmente, por el corporativismo populista televisado que Silvio Berlusconi ha impuesto en Italia en la última década.

Cumbre de cerebros

Hemos llegado, en este intento de asomarnos al corazón de la bestia, al momento actual, agosto de 2011, en el que parece haber unanimidad sobre la posibilidad de que la crisis iniciada en 2008 tenga una nueva recaída y se inicie una depresión más severa.

Justamente, en la penúltima semana de agosto tuvo lugar en Lindow, una pequeña ciudad en la frontera alemana-suiza y austríaca, una reunión al mayor nivel intelectual mundial para afrontar la crisis. Allí comparecieron 17 de los 38 premios Nobel de Economía vivos y 370 de los jóvenes economistas más destacados de 65 países.

La primera constatación, tras finalizar esta cumbre que debería haber tenido el tratamiento informativo de una reunión de crisis del G-20, es que este tratamiento en los medios de comunicación es escandalosamente deficiente y superficial, en parte porque lo más interesante de las reuniones se produjo a puerta cerrada, lo que confirma, una vez más, que la fuerza intelectual (el corazón de la bestia del mercado) sigue estando al servicio del corporativismo instaurado en la última década y que la opacidad informativa sigue siendo la regla número uno del Método. Respecto a las soluciones que han trascendido, resaltan la de Robert Alexander Mundell,

considerado el padre del euro, que se decanta por una nueva divisa comercial mundial formada por el dólar y el euro. Asimismo, la de Edmund Phelps que, para evitar una década perdida en todo el mundo, como la hubo en Japón, propone un aumento generalizado de impuestos. Lo cierto es que entre los Nobel hay muy pocos optimistas, aunque Robert Aumann aún opina que "vivimos el mejor período de prosperidad desde la Segunda Guerra Mundial".

En el bando contrario se alinea Joseph Stiglitz, el más heterodoxo en estos momentos, junto con Krugman. Stiglitz ve pocas alternativas a una depresión mundial mientras no se cambie y se vuelva a las políticas de estímulo fiscal. En contra de la corriente de los gobiernos occidentales europeos, propone más gasto público a riesgo de generar más deuda, para provocar el crecimiento. Eso sí, propone también que el aumento de impuestos vaya correlativo al aumento de gasto.

La siguiente reunión de la élite intelectual de los Nobel está prevista para dentro de tres años, así es que más vale que todos nos arriesguemos a entrar en el resbaladizo mundo de las previsiones y en el no menor de las soluciones.

Interrogando al futuro

¿Remitirá la crisis o se agravará?

Una posible respuesta a esta pregunta podría darla el ministro alemán de Finanzas, Wolfgang Schäuble, anfitrión de la reunión de los premios Nobel. Según el mandatario alemán, Europa padecerá aún siete años de debilidad económica, siempre y cuando se sigan las consignas de su país y del Fondo Monetario Internacional, que implican la consolidación fiscal inmediata de la zona euro, con ajustes mucho más duros en Italia, España, Irlanda, Portugal y Grecia. La alternativa sería un desastre que no contempla, como buen político al uso. Su postura enlaza con el recién instaurado pacto franco-alemán que, afortunadamente, ya contempla dos aspectos importantes de la indispensable reforma financiera: las tasas a las transacciones financieras y la prohibición de las ventas a corto.

En los cuatro años de la crisis no se ha dado ningún paso efectivo a nivel mundial para reformar el sistema financiero mundial a pesar del compromiso que adquirió el G-20 y a pesar de la unanimidad a la hora de señalarlo como la causa de la crisis del crédito y, posteriormente, de la deuda. Por tanto, cualquier respuesta debe contemplar la salida de Grecia y algún otro país del euro, una nueva regulación del sistema bancario que incluya la recuperación de la Ley Glass-

Steagall, la modificación del Banco Central Europeo para asimilarlo a la Reserva Federal, la posibilidad de que el yuan chino se integre en una colaboración con el resto de divisas para regular el mercado, y el ajuste de los impuestos a los gastos para controlar el déficit y la deuda. Cualquier solución que no contemple estas medidas sería deshonesto y fraudulento.

¿Hay posibilidad de que la actual crisis degenera en disturbios sociales en el mundo Occidental?

Es la gran pregunta que, hasta ahora, ningún Parlamento europeo se ha atrevido a plantear públicamente, a pesar de ser la que, incesantemente, surge en cualquier conversación ciudadana.

Todo depende del compromiso que los ciudadanos de este mundo occidental adquiramos a partir de ahora con el bien común. Si los hombres que disfrutan del poder no ejercen los deberes inherentes al poder; si los hombres que tienen que corregir las injusticias siguen ignorando a quienes las reclaman; si el poder sigue dándonos circo cuando reclamamos pan y trabajo; si los hombres del dinero y del poder siguen escudándose tras la mano invisible del Mercado para no actuar ante la enorme brecha que sigue abriéndose entre ricos y pobres, el conflicto será inevitable.

Es el momento de rescatar otra vez las palabras de Warren Buffet, uno de los especuladores que mayores beneficios ha conseguido del perverso sistema financiero

mundial, que le ha hecho inmensamente rico. Este hombre, implicado ahora mismo en la salvación de tres de los tumores malignos, pasados y futuros, de esta crisis -Goldman Sachs, Bank of America y la agencia de rating Moody's-, se ha convertido en un verdadero oráculo y así hay que entender esta frase suya: "La guerra de clases existe, pero una clase, la de los ricos, la estamos ganando". Buffet ha pedido en 2011 al presidente Obama que aumente los impuestos a los más ricos, como un acto de justicia para salir de la crisis. Esto mismo es lo que han pedido las 16 mayores fortunas de Francia a su presidente, Sarkozy, y lo que ha pedido Berlusconi a los ricos italianos. ¿Alguien cree que todos estos archimillonarios, después de gastar fortunas en presionar a los respectivos gobiernos para desregular los mercados que les hicieron ricos y de conseguir de ellos rebajas y exenciones de impuestos absolutamente obscenas, hoy harían una propuesta semejante, presentándose ante la opinión pública como adalides de la responsabilidad social, si no tuvieran miedo y no estuvieran convencidos de que están en una guerra que podrían perder?

¿Existe peligro real de que el corporativismo de mercado degenera en gobiernos totalitarios?

¿De qué manera se podría definir el actual régimen político **chino**? ¿Tal vez como "totalitarismo confuciano de mercado"? En cualquier caso, la evolución china es el reto intelectual, político y social de este siglo, al que debemos enfrentarnos cuanto antes, puesto que marcará el rumbo

mundial durante años, como antes lo hizo el imperio americano.

¿Cómo definir la democracia **rusa**? En 2011, Gorbachov declaró, en el vigésimo aniversario de la Perestroika, que "Puttin ha enterrado la democracia en Rusia". El actual presidente, Dimitri Medvédev, afirma que la democracia parlamentaria sería una catástrofe para Rusia. En 2012 Puttin vuelve a presentarse a las Elecciones y se consolidará por mucho tiempo un régimen presidencialista en el que se suprimirá la votación directa para elegir a los miembros de la Cámara, a los gobernadores, a los presidentes de las repúblicas que forman la Federación Rusa y a los alcaldes de Moscú y San Petersburgo.

El objetivo de Puttin es llegar a acuerdos bilaterales con China, buscando reforzar su posición internacional. Acuerdos sobre el gas, el petróleo y la electricidad ya están sobre la mesa y en el Foro Internacional de San Petersburgo, celebrado en 2011, se marcaron las reglas del Método: reducir el papel del Estado, realizar nuevas privatizaciones y declarar a las empresas estatales un peligro para la economía.

Cualquier definición del futuro político de Rusia a corto plazo deberá incluir palabras como ultranacionalismo, autoritarismo, proteccionismo, Mercado y corrupción.

¿Qué ha ocurrido en la última década en **Italia**? Hemos visto la consolidación de un líder populista, Berlusconi, el hombre más rico del país y el séptimo más rico

del mundo, propietario de casi todas las cadenas privadas de televisión y del principal grupo editor, así como del club de fútbol de Milán. Ha ligado el populismo de Mercado a la plutocracia y el resultado ha sido devastador para Italia y... ¿para Europa?, ¿para la democracia?

El populismo, del que podemos considerar a Berlusconi como su máximo representante en el siglo XXI, puede estar presente en movimientos de distinto signo, puesto que su objetivo es preservar el poder y la hegemonía política a través de la popularidad entre las masas. Es una forma de hacer política, cuyo objetivo es mantenerse permanentemente en el poder, que consiste en apelar al pueblo como fuente de poder; por eso, busca siempre la aceptación de los votantes, primero con la celebración de referéndums (para confirmar leyes concretas) y después, con plebiscitos (para confirmar políticas más generales y a sus líderes). Las consultas populares sirven para justificar recortes democráticos y mantener el poder real y los intereses de los sectores estratégicos sobre los que asientan su gobierno "democrático".

El problema añadido de Berlusconi es que, a pesar de su corporativismo populista televisivo, ha necesitado, para mantenerse en el poder, ligarse a partidos autodenominados neofascistas, que siguen creciendo en la actualidad: la Liga Norte, el aliado xenófobo de Berlusconi, triplicó sus votos en las Elecciones regionales de 2010, alcanzando ya el 12,7% del voto nacional.

Berlusconi puede considerarse como el máximo responsable de que el fantasma del fascismo recorra de nuevo Europa. Al fin y al cabo, Italia es la patria en la que el Fascismo Corporativista de Mussolini dio alas a los defensores intelectuales de esta forma de Gobierno.

¿Es Suiza y sus referendos el camino de los que buscan un modelo que sustituya a la democracia liberal representativa, o es el germen que puede dinamitar este modelo en Europa y poner en peligro la construcción política europea?

El G-20 se propuso, en 2009, acabar con los paraísos fiscales, uno de los tumores del sistema; un tumor crónico, pero no mortal, como lo son los paraísos financieros. Entre estos paraísos estaban, en Europa, Suiza, Liechtenstein, Luxemburgo, Austria y Andorra. La lista era enorme en todo el mundo: la OCDE consideraba como tales a 40 países, el FMI a 46 y la Tax Justice Network hasta 72.

El paraíso fiscal suizo sirve para que defrauden impuestos bancos, grandes empresas y grandes fortunas, ya que permite a los extranjeros que se hacen residentes no pagarlos, legalizando dos regímenes distintos bajo una misma bandera: uno para nativos y otro para residentes. A raíz de una demanda en la que se pidieron al banco UBS datos de 4.450 contribuyentes norteamericanos sospechosos de invadir impuestos, el Gobierno suizo aprobó entregar información a otros gobiernos cuando éstos sospechen evasión de capitales. Institucionalizar este acuerdo llevará su tiempo, ya que se está

elaborando una legislación que regule los procedimientos de las demandas de información, siempre que sean puntuales, referidas a particulares y hechas de Gobierno a Gobierno.

Para ver el alcance de lo que puede ocultar al paraíso fiscal suizo bastará un ejemplo. En julio de 2011, el secretario de Estado de Finanzas griego, Dimitris Kovvelas, denunció públicamente que los ciudadanos griegos mantienen en cuentas suizas 280.000 millones de euros. La deuda pública griega ronda los 300.000 millones.

A pesar de esto, la UDC, partido de ultraderecha que forma parte del Gobierno, se mostró contrario a este acuerdo y pretende someterlo a referéndum algún día. Este partido, también conocido como Partido Popular Suizo, fue el más votado en 2007, con un 29% de los votos. Desde entonces, está en el poder, gracias al voto de protesta contra los partidos del sistema representativo liberal, gracias a un antieuropeísmo irreductible; gracias también a su rechazo al Islam, que ha calado no sólo en católicos y racistas, sino también en la población femenina, y gracias a las políticas de rechazo a la inmigración con las que ha conectado con la población obrera.

Tres de sus hitos políticos han sido aponerse, en 2009, mediante referéndum, a que las mezquitas construyan minaretes; en 2010, se aprobó, también por referéndum, expulsar a los inmigrantes con delitos y, en 2011, se rechazó

que los ciudadanos tengan que entregar las armas que guardan en sus casas.

Suiza ha votado en referéndum, en los últimos 120 años, hasta 240 iniciativas populares. Para algunos, como se ha visto en múltiples manifestaciones del Movimiento 15-M en España, puede ser representativo del modelo efectivo de democracia participativa ciudadana. Sin embargo, si ponemos en el otro lado de la balanza el hecho de que Suiza no admitió el voto femenino hasta 1971 y que algunas de las iniciativas acordadas han tardado hasta cinco años en convertirse en leyes y aplicarse, tiene más probabilidades de convertirse en el modelo más eficaz de gobierno corporativo antidemocrático en funcionamiento en Europa. Antidemocrático, porque no ha sido elegido como tal y porque utiliza los referéndums sobre temas intrascendentes como cobertura democrática para ocultar y dirigir, mediante la negociación de grupos e intereses, las decisiones realmente trascendentales.

Añadamos ahora otro factor distorsionador: su estatus de paraíso fiscal llevó al país a ser declarado neutral en las grandes contiendas europeas y este status lo representa hoy el franco suizo en la contienda que se está librando en Europa por la supervivencia del euro. El franco suizo se ha evaluado un 60%, en relación al euro, desde su implantación en 1999. Hoy es considerado como divisa-refugio, a la altura del oro, en cada escaramuza que se produce entre las grandes divisas mundiales, y sería imposible dejarlo de lado en cualquier intento que se haga de fundar una divisa de referencia comercial a nivel mundial. Para la ultraderecha xenófoba y la

antieuropeísta, Suiza se ha convertido hoy en su principal bandera.

¿Podrá abanderar el **Reino Unido** el antieuropeísmo en las próximas Elecciones Europeas, poniendo en peligro el euro, si sobrevive hasta entonces? El líder del Partido por la Independencia del Reino Unido, Nigel Farage, así lo espera y lo manifestó públicamente ante el Parlamento en 2010. Este partido es la base del grupo parlamentario europeo "Europa de la Libertad y la Democracia", constituido por 32 europarlamentarios, de los que el partido de Farage aporta trece.

Este partido, sin representación aún en las Elecciones locales y nacionales, fue, en cambio, el segundo en las Europeas de 2009 en el Reino Unido. Su fundación es clave para entender la actual política británica y su desvinculación del euro y del proyecto común europeo. Nació en 1993 en la principal Universidad de Negocios del Reino Unido, la London School of Economics, de la mano de varios miembros de la Liga Antifederalista de Alan Skead.

El sostenimiento de la libra esterlina, que apenas se ha devaluado un 20% con respecto al euro desde 1999, y el hecho de que la City londinense haya sido el aliado indispensable para que el lobby de Wall Street consiga armar el actual sistema financiero causante de la crisis, convierten al Reino

Unido en el otro sujeto indispensable, junto con Suiza, para la solución al problema común europeo.

Lo mismo que la UDC ha convertido a Suiza en bandera del modelo democrático y económico para los antieuropeístas, el Partido por la Independencia del Reino Unido puede jugar el mismo papel.

El populismo de Farage, verdadero azote de la corrupción, el nepotismo y la burocratización de las instituciones europeas, está haciendo estragos a través de las redes sociales al movimiento europeísta, desde la crisis de la deuda. A Farage los acuerdos de Lisboa le recuerdan "el debilitamiento de la democracia en la República de Weimar, previo al ascenso de Hitler". Ante los recientes disturbios en el Reino Unido, abogó por sacar al Ejército a la calle en apoyo de la Policía y exigió un aumento del presupuesto de Defensa. Su política antieuropea incluye, por supuesto, retirar todos los beneficios sociales a los inmigrantes e instaurar la democracia delegada en la gente a través de referéndums nacionales y locales sobre temas clave".

Qué hacer

"Hay que proclamar, sobre todo, que la democracia, que transforma a los trabajadores en ciudadanos responsables, es la condición primera para la recuperación económica y social. Hay que crear un movimiento que, partiendo de las demandas y las reivindicaciones de la mayoría, vuelva a dar vida al mundo político, al mismo tiempo que lo controle". Ésta es la conclusión, que suscribo, del sociólogo Alain Touraine en su ensayo "Después de la crisis", publicado en 2011 y que ha sentado muchas de las bases del Movimiento 15-M en España que, por supuesto, comparto y apoyo desde la publicación del primer panfleto "¡A la plaza!", previo a la primera manifestación de este movimiento.

Hay que recuperar la legitimidad del individuo como ciudadano, como afirma Ralston Saul, "porque los derechos del individuo están garantizados por la Ley sólo en la medida en que los protege el ejercicio ciudadano de su obligación de participar en la sociedad". Hay que reivindicar, por tanto, el individualismo, pero no tal y como nos lo han vendido en las últimas décadas: desde el espectro político del centro-izquierda, como derechos del individuo desvinculados del bien público o, peor aún, desde el centro-derecha, como el egoísmo del bien propio que, como sumo, sea garantía del orden moral y la ley. El individualismo que reivindico no tiene nada que

ver, por tanto, con la obediencia y el conformismo a unos intereses ajenos al bien público.

Vivimos en una sociedad corporativa, que ha convertido al Mercado en una ideología, en una nueva religión que intenta, precisamente y una vez más, eliminar la posibilidad de que el individuo se convierta en el centro del poder ciudadano.

Estamos en una crisis, no sólo económica, sino de sistema, y también, como hemos visto, en una guerra que no se libra con armas capaces de matar, pero sí de destruir la organización social y la democracia. No vale, por tanto, reparar el actual sistema corporativo, no valen las negociaciones en el último minuto y contra las cuerdas, como han hecho republicanos y conservadores, socialistas y populares, en la aprobación de la deuda pública norteamericana y como se ha hecho en España respecto al límite constitucional al déficit.

Ya hemos visto lo que han tardado en enterrar el "Yes, we can" de Obama los corporativistas americanos y cuál puede ser la reacción ciudadana contra su fracaso, justamente la de una sociedad inconsciente y temeraria que se arroja de nuevo en el confortable y alienante mundo de la ideología. No podemos ser ingenuos y esperar que los adeptos a la ideología del corporativismo, instalados cómodamente en el éxito profesional, rodeados de lujos y premiados con la aprobación social de los medios de comunicación, cambien de la noche a la mañana y se transformen en ciudadanos inconformistas, que

renuncien a parte de sus privilegios y se pongan a trabajar por el bien común. El éxito del 15-M se debió a que la indignación se materializó en las plazas públicas y mantuvo la tensión que genera la incertidumbre, provocando una auténtica revolución cultural en sus protagonistas y el desasosiego en sus oponentes.

El corporativismo ha bloqueado el debate público porque ha controlado y pervertido el lenguaje mediante la retórica, la propaganda y la especialización, bajo la premisa de que la información real es demasiado compleja para el pueblo, algo que ya afirmó el mayor ideólogo del corporativismo, Emile Dürkheim, hace más de un siglo y del que siguen mamando intelectualmente los adeptos a esta ideología. Dejemos, pues, que sea el ciudadano, con su sentido común, su ética y su memoria, el que interprete el sentido de la palabra revolución, porque eso es lo que se necesita, una revolución, y eso es lo que hacen cada día miles de ciudadanos: una revolución, pacífica, pero revolución; una revolución que implica acción y a la que, por supuesto, hay que esperar una reacción.

De lo que ha trascendido a nivel global a partir del 15-M como Spanish Revolution y de la coincidencia en el tiempo, me interesan, sobre todo, las experiencias de Israel y de Chile, además de, por supuesto, la española: Chile, en concreto, porque es un ejemplo nítido de corporativismo de última generación que, además, se pretende exitoso y exportable al

resto del mundo; Israel, porque es, posiblemente, el modelo ultraconservador democrático más duradero y por la tensión a que la población es sometida en una guerra entre dos ideologías, la sionista y la islamista.

En Israel, a principios de agosto de 2011, más de 300.000 personas salieron a la calle en la manifestación pacífica mayor que se había conocido en este Estado. Reivindicaban "justicia social" y "las personas, por encima de los beneficios". El desencadenante fue la carestía de la vivienda y de los productos bancarios. Un atentado y la posterior represión paralizaron las protestas poco después, pero la indignación es latente.

En Chile, los estudiantes iniciaron en el mes de marzo de 2011 las movilizaciones contra el sistema de enseñanza. En junio ya lograron reunir a 400.000 manifestantes. En agosto aparecieron las barricadas en las calles y una durísima represión policial. En ese mismo mes, los sindicatos de trabajadores se unen a la protesta y el 31 de agosto, el presidente se aviene a sentarse a negociar con los estudiantes.

La raíz del problema es que la enseñanza, en Chile, prácticamente está privatizada. Los estudiantes reclaman un aumento del gasto social en educación pública (actualmente es el 1,6% del gasto, de los más bajos del mundo), acceso a la educación con equidad y calidad, y descentralización del sistema universitario.

Lo urgente

Centrémonos ahora en el corazón de la bestia que, simplemente, hay que cambiarlo por otro. Ha habido intentos de arreglarlo. El primero fue al inicio de la crisis, en el año 2008. Los decanos de las principales Escuelas de Negocios del mundo se reunieron, más que para buscar soluciones, para defenderse de quienes ya les apuntaban como objetivo a derribar. Llegaron a admitir cierta culpa, pero más por omisión que por acción.

El 3 de junio de 2009, durante la ceremonia de graduación de los MBA de la Harvard Business School, 500 de los 900 graduados firmaron el "MBA Dath", conocido desde entonces como el juramento hipocrático de los MBAs. Era la respuesta de los alumnos a las críticas que, como causantes de la crisis, recibían de la sociedad y una lección a sus profesores y decanos, inmunes a cualquier crítica. Se consideraban, desde el punto de vista ético, responsables de las acciones que realizan como directivos y que, por tanto, esa ética debe ser el fundamento de la mejora de los resultados de las compañías. Este juramento de los "principios por la educación responsable en Management" fue ratificado en noviembre de 2010 en España por la Deusto Business School y lo ha sido ya por muchos otros en escuelas de todo el mundo. De hecho, no hay publicidad de escuela de negocios que, a día de hoy, no

incluya como lema y asignatura la "Responsabilidad social de los directivos" y lo hacen, en un alarde de hipocresía, como si fuera un asunto que les importara de toda la vida.

Personalmente, creo que no han cambiado y que siguen considerándose como antes de la crisis: capaces de dirigir cualquier tipo de empresa, de gobierno o de organización no gubernamental, y que no han renunciado a hacerlo.

El diario económico Expansión publicaba, en julio de 2011, un reportaje sobre la necesidad de cambiar la gestión de las ONGs españolas, basado en un informe realizado por una de las principales escuelas de negocio españolas, la Esade, junto con la Fundación PWC. El informe destaca como crucial "conocer la medida de las acciones obtenidas y los recursos invertidos para evaluar el impacto de sus actuaciones", nada más y nada menos que "como requisito para su legitimidad". ¡Asombroso! Se añade en el informe que "las ONGs requieren un liderazgo con las funciones clave: dirección, motivación y diseño. El líder debe de ser la guía de las ONG para promover, por etapas, el cambio de cultura corporativa e institucionalizarlo". El líder debe ser un MBA, añado yo.

Veamos qué dice Mitzberg. En 2009 declaraba en una entrevista: "Las escuelas de directivos no crean directivos, sólo orgullo, y no están dispuestas a cambiar. Se han montado en una ola y, a no ser que todo se venga abajo y se derrumbe todo el sistema, no van a cambiar".

Lo urgente es, pues, desvincular totalmente las escuelas de negocios de las universidades, haciendo que pasen a depender de las empresas que, por otra parte, ya son las que las financian. Hay que arrebatárles a los MBAs el prestigio que la Universidad les da y rescatar a ésta de la ideología del Mercado que la mantiene secuestrada. Si un directivo quiere trabajar en Goldman Sachs, que se saque su MBA de Goldman, pero que no usurpe el prestigio de una universidad con el que después pueda buscarse trabajo en el Gobierno. Esto debería hacerse de inmediato y permitiría imponer a los decanos de las escuelas de negocios de las universidades (ya privatizadas y libres del yugo de la financiación pública y del control estatal que tanto detestan) el código deontológico que sus alumnos les reclaman. Y que con su pan se lo coman.

Las universidades quedarían así liberadas de la que hoy parece su misión básica: crear especialistas directivos para alimentar el mercado de trabajo en función de las exigencias del Mercado. La comunidad universitaria, como élite en la que el poder ciudadano democrático ha delegado su futuro, debe abandonar su público silencio, la pasividad profesional y dejar de desentenderse de la sociedad que ha invertido en ella su dinero público, asumiendo de una vez el liderazgo para rescatar la democracia de las garras del Mercado, recuperando su experiencia humanista.

Si deja de haber tanto catedrático ocioso y tanto intelectual intentando retirarse para dar rienda suelta al ansia

acumulada de placeres privados, será fácil que, en muy poco tiempo, la revolución pendiente para resolver el drama de la democracia secuestrada tenga sus fundamentos intelectuales en pie para enfrentarse con éxito a la ideología del Mercado.

Mientras tanto, seguiremos con...

Lo necesario e importante

Lo esencial es hacer virtud de la incertidumbre, reencontrar el espíritu socrático de la duda, aunque esto nos reporte, como a Sócrates, la condena social. La lucha debe escenificarse en la plaza, que no debe abandonarse ya jamás, pero ha de ser, ante todo, individual y una carrera de fondo, porque el camino será largo.

Desde aquí lanzo a ese foro, para su debate, algunas propuestas fruto de la reflexión, del seguimiento apasionado del Movimiento 15-M y de la evolución de la crisis que nos ha tocado vivir y resolver.

En la Educación, hay que añadir un curso preuniversitario de responsabilidad social. Hoy resulta obsceno oponerse a retrasar la edad de jubilación. Pretender pasar 30 años formándonos, otros 30 trabajando y otros 30 jubilados es, simplemente, imposible y no hay economía sostenible que lo avale. Pronto hemos olvidado que la edad de jubilación a los 65 años, que hoy parece tener para algunos significados casi bíblicos, fue fijada en 1925 y que el primer precedente de Seguridad Social, instaurado por Bismark en 1889, la fijó en los 70 años, cuando la esperanza media de vida en la Alemania de entonces era de 50 años.

Si el coste del retraso de un año en la jubilación se traslada a la realización de un curso preuniversitario, los jóvenes tendrán oportunidad, antes de elegir su especialidad, de acceder a una formación humanista básica y adquirir responsabilidad social prestando, obligatoriamente, servicios sociales en las múltiples organizaciones públicas y privadas dedicadas a ello. Incluso, las famosas becas Erasmus, que hoy parecen sufragar más bien viajes de placer, pueden servir para viajes iniciáticos, que contribuirán, sin duda, a que lo que los líderes del Reino Unido, Francia y Alemania han declarado, afirmando que la multiculturalidad ha muerto, no se convierta en realidad.

Siguiendo la iniciativa de los alumnos MBAs, cada profesión necesitaría implantar y aplicar su propio código deontológico. Tal vez así se conseguiría que la ética no pase, a través del contrato de trabajo, a ser propiedad del empleador. Por el contrario, la situación actual impide, en nombre de los secretos de empresa y de la lealtad profesional, que la sociedad en su conjunto pueda beneficiarse de los conocimientos de los especialistas que ha formado. Wikileaks ha demostrado que los secretos de Estado tenían muy pocas razones para ser secretos y que revelarlos entraña peligro, pero, fundamentalmente, para quien los decretó y usó en beneficio propio o de sus ansias de poder.

En este capítulo es esencial una auténtica revolución en los medios de comunicación, auténticas armas del poder corporativo en manos de despiadados grupos de presión. Que hayan salido a la luz los escándalos del grupo Murdock y,

antes, los del grupo de Berlusconi, contribuirán, sin duda, a desenmascararles algún día. No obstante, he de romper una lanza por los miles de buenos y, tal vez ingenuos, profesionales del periodismo que, día a día y casi siempre de forma anónima, pelean, sufren y mueren por la libertad de expresión. El código deontológico y la cláusula de conciencia son armas imprescindibles para esta lucha que hay que conseguir, pero, ante todo, hay que comenzar a proteger a los ciudadanos de la manipulación y, para ello, hay que comenzar aplicando la transparencia informativa en casa. Es imprescindible que los medios de comunicación hagan públicas las cuentas de ingresos, detalladas, sobre todo en publicidad. Al menos en España, saldrían a la luz de inmediato enormes cantidades de dinero proveniente de la financiación encubierta por parte de instituciones públicas, semipúblicas y privadas. También, y puesto que los medios de comunicación presumen de ser un servicio público (y eso deben ser), tendrán que publicar los intereses empresariales y el patrimonio de sus empresarios y directivos.

En la economía, la lista sería muy extensa, pero me quedo con las propuestas que implican eliminar las principales armas con las que el Mercado libra esta guerra y que afirma estar ganando. Así: restaurar de inmediato la Ley Glass-Steagall, cuya supresión le costó a Occidente la Gran Depresión y una guerra mundial, y no podemos permitirnos algo parecido para recuperarla. En segundo lugar y referente a

la discusión sobre la inconstitucionalidad del déficit público y la deuda, hay que asumir sin manipulaciones que el déficit genera deuda y que, ante esto, sólo cabe pagarla o reducir gastos, pero que ambas cosas paralizan el crecimiento, a no ser que se aumenten los ingresos, lo que se hace incrementando los impuestos, incluido el de patrimonio, que no ha de ser sólo eventual, sino permanente y progresivo; este impuesto garantiza la legítima distribución de la riqueza y el legítimo derecho a la igualdad, premisas esenciales de la democracia.

Con respecto a la reforma del sistema financiero, hoy parecen ineludibles la supresión de los derivados, que son simples apuestas, y el sistema debe dejar de ser un casino. La supresión real, y no aplazada, de una lucha a nivel global contra los paraísos financieros, mucho más peligrosos aún, se hace también imprescindible.

En cuanto a la política, Democracia Real, pero sosteniendo y reformando el sistema representativo liberal de partidos políticos. La historia de la democracia ha demostrado su efectividad y en la lucha contra la ideología del Mercado son más necesarios que nunca. Más democracia participativa y la apertura de un debate, todo lo apasionado que se quiera, sobre los referendos, pero sin olvidar que, históricamente, han sido el mecanismo favorito del corporativismo para imponer su ideología sin pasar por las urnas. Mayor cantidad de democracia participativa (haciendo, por ejemplo, que las iniciativas populares sean defendidas por sus promotores y votadas en los parlamentos) traerá, sin duda, mayor calidad de democracia representativa.

Tan esencial o más resulta la prohibición de la financiación privada de las campañas electorales. Con ello se conseguiría que los debates y el cara a cara con el público dejaran de ser una estrategia de marketing para convertirse en la verdadera herramienta de los políticos para ganar unas Elecciones. También se contribuiría con ello a aislar a los lobbys, en su estrategia de corrupción del poder público a costa del bien común.

Siguiendo en este plano, respecto a la Justicia, deberían endurecerse las penas económicas y de cárcel, no sólo para los corruptos y prevaricadores, sino para los inductores a la corrupción y la prevaricación, que cada día consiguen mayor impunidad. Da la impresión de que contra la corrupción se estuviera actuando en dirección contraria a la lucha contra la prostitución y la droga: perseguimos a las prostitutas y a los drogadictos en lugar a los proxenetas y a los traficantes.

Sin salir del tema de la Justicia, hay que consolidar la institución del Jurado. Si reivindicamos la duda como método democrático, cómo no vamos a mantener la duda razonable a la hora de juzgar un delito. El Jurado representa, en sí mismo, el mayor sacrificio individual por el bien común. La democracia, sin él, nunca podría aspirar a ser completa y eficaz.

A nivel social, el mantenimiento de la Renta de Ciudadanía implica la apuesta irrenunciable por la aplicación, a

escala universal, de los Derechos Humanos consagrados por la ONU. Por último, los argumentos xenófobos y racistas no deben contemplarse como una ideología en sí, sino que deben de tener un tratamiento judicial y penal porque son ataques directos contra la diversidad y el caldo de cultivo donde el populismo busca deslegitimar la democracia y los desequilibrados, las excusas para sus crímenes.



José Luis Estrada Liébana nació en Truchas (León) en 1959. Se licenció en Periodismo por la **Universidad Complutense de Madrid** en 1980. Comenzó su carrera profesional en León. Posteriormente, ejerció como director de comunicación institucional en el **Gobierno Civil de León** y en el **Ayuntamiento de Zamora**, para regresar de nuevo a la prensa en 1986, al **Diario de León**, donde fue redactor jefe. A partir de 1990 ha dirigido varios periódicos: **Diario 16 de Burgos**, **El Mundo-La Crónica de León** y **Abc-La Crónica de León**. En 1990 fundó, con cuarenta profesionales e intelectuales burgaleses, el **Diario XXI de Burgos**, que hoy sigue en la calle como **El Mundo de Burgos**. La crisis económica le dejó mal aparcado en 2010 en **León**, donde reside en la actualidad.